



SERVICIO SECRETO

La orgía de los gangsters

a. rolcest







A. ROLCEST

LA ORGIA DE LOS "GANGSTERS"



SERVICIO SECRETO n.º 832

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO



Depósito Legal B 16.903 – 1966
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1966

© A. ROLCEST - 1966
sobre el texto literario

© RAFAEL GRIERA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA y ALTAMIRA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier

semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

946. —Signo sangriento

En Colección BÚFALO:

658. — Me ofrezco para la horca

En Colección SERVICIO SECRETO:

812. — Reto al gangster.

En Colección CALIFORNIA:

501. — Ases de fuego

En Colección COLORADO:

446. — El precio se paga en plomo

En Colección KANSAS:

363. — Trofeos de coyote

En Colección ASES DEL OESTE:

360. — Río Frontera

En Colección BRAVO OESTE:

284. — ¡Fuera los rufianes!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

199. — El tributo del desierto

En Colección METRALLA:

76. — Grecia al rojo

En Colección ARCHIVO SECRETO:

87. — El lago acusa

En Colección PUNTO ROJO:

212. — El harén del diablo

En Colección TEXAS:

527. — Encerrona en el Mississippi

CAPÍTULO PRIMERO

SU nariz era una gárgola y, al darle fuego el otro surgió del mechero de gas una llama demasiado grande. Stransberry tuvo que echar atrás la cabeza para salvar la nariz.

—¿Es que quiere señalarme, Hasson? —preguntó, mirando furioso al que sostenía el encendedor.

Los dos estaban excitados. Ya llevaban media hora diciéndose cosas desagradables.

Stransberry era el gerente artístico de la productora de films para la televisión.

Hasson, guionista.

—Disculpe. No he tenido en cuenta el tamaño de su nariz —contestó el guionista, con ganas de reír.

Stransberry hizo como que no oía. Sacó su propio mechero y le prendió fuego al cigarrillo.

Después, al tiempo que abría un cajón de la mesa escritorio, Stransberry dijo para sí: «Prepárate, que ahora va lo bueno.»

Sacó un puñado de cartas y las esparció sobre la mesa.

—Hasson, ¿no quería pruebas? Ahí las tiene...

—¿Qué es esto?

—¡Cartas! ¿No lo oye? ¡Cartas hablando de sus guiones! ¡Léalas! La que menos dice, nos pregunta si nos dedicamos a fabricar plomo.

—¿Y se refieren a «mis» guiones, exclusivamente a los «míos»?

—¡Léalo!

Hasson no hizo el menor intento por tocar las cartas.

—¿Para qué? Estoy seguro de que todas hablarán mal. Si se ha recibido alguna, a mi favor, no estará ahí.

Stransberry se incorporó:

—¡Sus reticencias son intolerables, Hasson! ¿Qué interés puede haber en la productora para perjudicar a uno de los guionistas mejor considerados por la casa?

Elmer Hasson hizo una mueca.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! ¡Aquí no se olvida que usted, inició la serie de telefilms que tanto éxito ha tenido!

—Y está teniendo —puntualizó Hasson.

—¡Sí! Pero precisamente por eso no queremos cegar la mina. Usted fue el primero en pedir que intervinieran otros guionistas, porque era demasiado trabajo para usted. Usted mismo nos sugirió qué escritores debían colaborar. ¿De qué se queja ahora?

—De que me echen de lado. Yo creé el personaje «Sonrisa de Niño».

—¡Nadie lo niega! Pero si hurgamos un poco, nos encontraremos con que ese personaje es una mezcla de los que ya escribieran otros.

Creía haber dirigido a Hasson un disparo mortal y se encontró con que el guionista hacía una mueca de burla.

—Poco más o menos, todos nos sonamos lo mismo: un pañuelo, unos dedos y una nariz. Sin embargo, hay ciertos toques de originalidad. Puede estar en el pañuelo, en los dedos o en la nariz...

Stransberry, ante la alusión a su nariz gárgola, atravesó los ojos.

—¡Usted quiere guerra, Hasson! ¿Qué espera sacar con eso?

—El gusto del pataleo. ¿No me ha citado aquí para anunciarme que estoy en la cuneta?

—Si usted se adapta al nuevo aire que le han dado los otros escritores a la serie de Rud Leak, podrá seguir colaborando. Usted ha ido girando, alejándose del punto de partida, trazando una curva en vez de una recta. El personaje del detective lleno de picardías, burlón, a veces algo cínico, lo ha convertido en un filósofo demasiado serio. Eso no lo quiere el público.

—Y traga las barbaridades que les sirven ahora.

—¿Qué llama usted barbaridades?

—Por ejemplo, en el telefilm presentado esta semana, «Sonrisa de Niño» agita un saco de latas vacías dentro de un bosque y espanta a una banda de *gangsters* que van armados de metralletas.

Muy convincente, ¿verdad?

—El público lo celebra y eso basta...

Sin hacer caso, Hasson continuó:

—Se desliza por una cornisa de cuatro dedos, se mete en una habitación donde hay una joven que se está desnudando, es la primera vez que se ven y ella, como hipnotizada, cae en sus brazos...

Stransberry rompió a reír.

—¿Y eso no es natural?

—¿Usted cree?

—¿En Rud no lo cree natural?

Stransberry siguió riendo. Miraba a Hasson como vengándose de sus alusiones a la prominente nariz. El escritor, de unos cuarenta y cinco años, grueso, de cara ancha, miraba grave al gerente artístico de la productora.

—¡Rechazo la carga de «sexy» y de infantilismo que ponen en esos telefilms que se apartan tan brutalmente del personaje que yo creé! ¡Protesto y prometo que se verán obligados a hacer marcha atrás!

Stransberry fue apagando la risa.

—¿Va a demandarnos?

—¡Es cuenta mía lo que yo haga!

Ya estaba cerca de la puerta cuando Stransberry adoptó una actitud conciliadora:

—Hasson, hágame caso... Yo no soy mas que el portavoz del Consejo. Ellos me indicaron que les convenciera para que se adaptara al nuevo estilo de la serie. Todo lo infantil y escabrosa que usted quiera, pero es lo que da dinero... Adáptese.

Elmer Hasson esperó unos momentos, de espaldas a Stransberry. Hacía tiempo para calmarse y componer un gesto de indiferencia. Cuando creyó haberlo conseguido se volvió, lentamente.

—Lo pensaré, Stransberry.

Y salió del despacho dando un portazo.

Momentos después, Elmer Hasson montaba en su coche y se confundía en la barahúnda de vehículos que se deslizaban por Sunset Boulevard, de Los Ángeles, la calle que con sus setenta y cinco kilómetros ostentaba el título de ser la más larga del mundo.

Perdió la noción del tiempo. El coche empezó a ascender sin darse cuenta que se metía en Beverly Hills, donde estaban las villas de las estrellas de cine, de los más brillantes abogados y hombres de negocios.

Había enfilado el coche hacia las residencias de los más famosos artistas, siguiendo un impulso que sintió en el mismo instante en que dejaba las oficinas de la productora «Rhodor Association».

Ante una villa cuyo jardín era un tupido bosque, paró el coche. Tuvo la suerte de llegar en el momento en que las puertas de hierro se abrían para dejar paso a un «Rolls-Royce» algo anticuado, que eran los que estaban en pleno auge.

Reconoció a los que iban en el asiento posterior. Uno era un célebre director cinematográfico, Behr, y el otro un productor. Ambos habían dado la celebridad a Yakina Elwes, propietaria de la villa que ahora visitaba Hasson.

No vieron al guionista, ni este procuró llamar la atención. Así que salió el «Rolls-Royce», Hasson tocó el claxon para llamar la atención del jardinero, que se disponía a cerrar la puerta.

—Hola, señor Hasson.

—¿Está la señorita?

El jardinero asintió. Por una avenida bordeada de árboles, el coche de Hasson llegó a una noble escalinata de mármol.

Cerca del edificio había una piscina. Había mujeres y hombres bañándose.

Al instante reconoció Hasson a la dueña de la casa. Su cuerpo y su cabellera eran inconfundibles. Acababa de quitarse el blusón, apareciendo cubierto solamente con un escueto bikini. Era una Venus de piel bronceada.

El cabello rubio iba recogidoselo en un gorro de goma, para zambullirse. En el último instante, cuando ya tenía extendidos los brazos para lanzarse al agua, sus ojos verdes se iluminaron, al distinguir a Elmer Hasson.

Yakina estimaba al escritor Elmer Hasson. Sabía de su talento, de su inconformidad con lo fácil y superficial. Sabía también de su problema con la productora «Rhodor».

Recogió el blusón, se lo puso y, mientras caminaba descalza al encuentro del visitante, se quitó el gorro.

El escritor se detuvo para contemplarla fascinado por la pureza de líneas de aquel cuerpo de diosa.

—¡Elmer! ¡Bien venido! —dijo Yakina, con acariciante voz.

Sentía lástima por el recién llegado. Nunca le pareció tan grotesco y derrotado.

—Me iré enseguida, Yakina... Solo he venido... ¡Oh, soy un inoportuno! —miraba ahora hacia la piscina—. Usted estará deseando atender a sus invitados...

—No se preocupe por ellos. Todos son de casa. ¡Vamos! ¿Por qué esa cara? Sentémonos aquí... Cuento...

Había un banco de piedra. Yakina fue la primera en sentarse, cabalgando una pierna sobre la otra. Sus largos muslos, prietos, musculosos, sus escuetas caderas, su altivo seno, eran una estampa conocida por millones de espectadores esparcidos por todo el mundo.

Elmer Hasson se sentó a su lado. Cada vez permanecía más encogido.

—¿Cómo le ha ido? —preguntó Yakina.

—¡Mal! Quieren que «claudique».

—¿En qué sentido?

—¿En cuál va a ser? ¡Yo creé el personaje que ha hecho que Rud sea conocido por todo el mundo que ve la televisión! ¡Yo he dado una fortuna a una asociación formada por cuatro pelagatos...! ¡Yo! ¡Yo he dado el impulso...! ¡Y ahora me piden que me adapte a las estupideces que escriben otros!

Yakina dejó que se desahogara. Cuando le vio algo calmado, manifestó:

—Sé que censuran sus últimos guiones.

—¿Se lo ha dicho Rud?

En la forma de preguntar el nombre del actor que interpretaba el detective «Sonrisa de Niño» había un matiz de rencor.

Yakina hizo un gesto despreocupado.

—Oh, no. Rud y yo hace tiempo que no nos hemos visto. Él estaba rodando en Honolulu estos últimos días, mientras yo me hallaba en Florida. Lo sé por una de las secretarias de la «Rhoder». ¿Quiere mi opinión?

—He venido para eso, Yakina.

—Le admiro mucho, Elmer. No olvido que la película que me dio el triunfo tenía un guion de usted.

—Eso no debe influir en su opinión.

—Trato de que no influya, porque no quiero desorientarlo. Creo que no es toda la culpa de la productora. Usted tiene también su parte, Elmer. Se ha olvidado que los telefilms de esa serie han derivado a lo fácil...

—¡A lo estúpido!

—Admitido. Pero, ¿qué se le va a hacer? El público los ve cada vez con más agrado, eso no se puede negar. Tanto mi director Behr como yo estuvimos a punto de comprometernos en una de las series. Por suerte, a última hora decidimos renunciar...

—Estoy enterado. Usted y Rud rompieron.

—Le han informado mal, Elmer. Eso fue cosa de los periódicos. Rud y yo nunca hemos roto. Estamos como al principio... Parece mentira que, con su veteranía, no sepa distinguir lo que hay de publicidad en esas informaciones.

Elmer Hasson estuvo unos instantes observando a la artista. Los ojos verdes de Yakina no pudieron resistir la mirada penetrante del escritor y se levantó.

—Lo que le he dicho, Elmer: todo lo que se ha escrito sobre mí y Rud, es publicidad.

Pero su pecho alentaba con otro ritmo. Hasson se dio cuenta.

—Siempre están lo mismo, Yakina... Y no sé si envidiarles o llamarlos estúpidos.

También se levantó. Ella dio unos pasos. Sus pies, pequeños y bien formados, se hundieron en la arena.

—No sé qué se imagina, Elmer... Rud y yo no somos más que amigos —y seguía dándole la espalda, temiendo mirarlo de frente.

—Bien. No he venido para hurgar en asuntos privados. Yo he venido más que a consultarla, a despedirme.

Yakina se volvió rápida.

—¡No irá a dejarnos!

—Por ahora creo que es lo mejor...

—¡Mande al diablo a la «Rhoder», si usted cree que no debe adaptarse! Pero aquí tiene mucho que hacer aún... ¿Quiere que le hable a Behr?

—Ni le mencione mi problema, aunque supongo que él ya estará enterado. Me pronosticó hace tiempo que me echarían a la cuneta.

—Pero Behr le aprecia, Elmer. Sus diferencias pertenecen al pasado. ¿Quién no ha discutido con Behr?

Y rompió a reír.

—Raro es el día que no discutamos dos o tres veces —agregó.

—Que discuta con usted, es distinto, Yakina. Para Behr, usted significa su mejor obra, aunque maldito lo que ha hecho...

—¡Vamos, Elmer! —y la artista lo miró con afectuoso enfado—. Usted sabe demasiado que es una suerte caer en manos de un director como Behr.

—No digo que no tenga talento. Pero no se haga usted pequeña. Hasta un torpe hubiera visto que en usted había una gran actriz.

Se quedó mirando el coche, aparcado cerca de la escalinata.

—Quédese todo el día, Elmer. La mayoría de los que están aquí se irán pronto.

—No. Voy a mi pensión. No sé aún el tiempo que permaneceré en Los Ángeles. He de pensar... Por si acaso decido marcharme, que sirva esto como despedida.

Yakina se dio cuenta de que era inútil intentar disuadirle. Y se emocionó al tenderle la mano.

—Lo único que puedo decirle es que no se deje llevar por una cuestión de puntillo. Hollywood le debe mucho.

—Hollywood nunca se cree en deuda con nadie, Yakina. Usted es muy joven todavía para comprenderlo.

Se dirigió al coche. La artista le acompañó un trayecto. Pero se dio cuenta de que en el último momento no podría disimular la emoción que le producía el estado de ánimo de Hasson y se detuvo.

Al arrancar el coche, Yakina levantó una mano, saludando.

Luego, cuando el automóvil desapareció entre los árboles de la avenida, se dirigió a la piscina, donde estaba Melly, una artista que ya no actuaba y que se había convertido en dama de compañía de la joven celebridad.

—No me he atrevido a acercarme —dijo Melly—. Elmer parecía abrumado.

—Lo está... ¡Solamente Rud podría remediar esto! ¡Hay que

localizarlo...!

—Pero, ¿no está en Honolulu?

—Estaba. Hace dos días que terminaron el rodaje.

Melly se quedó mirándola. Yakina se encontraba de lado. Presintiendo la escrutadora mirada de su amiga, se volvió rápida.

—¿Qué piensas? ¡Sé que Rud salió de Honolulu, pero no es porque yo haya hecho averiguaciones! ¡Me lo ha dicho Behr!

—Yo no pensaba nada —contestó Melly—. ¿Pides que lo localicen?

—¡Eso he dicho!

Yakina se dejaba llevar por uno de sus arranques de cólera que tantos incidentes habían producido en los estudios, en la vida pública y en sus relaciones con Rud.

—Bien —dijo Melly, sin alterarse—. Una vez localizado... suponiendo que hable directamente con él... ¿qué le digo?

—¡Que yo le pido que vaya a ver a Elmer Hasson y que procure solucionar su problema! ¡Rud, más que nadie, tiene el deber de apoyar a Elmer! ¡Díselo así!

Melly iba a poner algunos reparos. Pero conocía demasiado el temperamento de Yakina y calló.

Ya estaba cerca de la escalinata cuando la joven artista llamó:

—¡Melly!

—¿Qué?

—Si Rud se pusiera al aparato, dile que espere... Yo le hablaré.

—Me parece bien. Pero por si luego no hay tiempo de que oigas mi consejo...

—¡No quiero consejos!

—Por el bien de Elmer pienso dártelo. Si hablas con Rud, no emplees el tono de mando de ahora. Rud hará todo, sin necesidad de recordarle que Elmer es acreedor a su ayuda.

—¡Déjame en paz!

Melly subió la escalinata lentamente, pensativa. Cuando llegó a la terraza, se volvió para mirar a la piscina.

En ese momento, Yakina se lanzaba con furia al agua.

—Que el baño te temple —murmuró Melly.

CAPÍTULO II

UNA de las pizpiretas camareras de la pensión se adelantó a las demás empleadas, para atender al hombre que acababa de entrar. Era en el momento en que estaban sirviendo la cena en el comedor y los huéspedes, al fijarse en el esbelto joven que estaba en la puerta, quedaron como inmovilizados.

Especialmente las mujeres no solo quedaron quietas, sino que hasta dejaron de respirar.

—¡Es Rud Leak! —exclamaron varias a la vez.

Rud Leak, el detective «Sonrisa de Niño», miraba a las mesas, con aquel aire risueño, lleno de picardía, que tan conocido era de cuantos lo estaban ahora observando.

La pizpireta camarera, de espléndidas curvas, había abandonado el servicio para atender al recién llegado.

—¿Qué desea, señor Leak? —clavaba los ojos negros en los del hombre y su voz se hacía acariciante.

Sus compañeras de servicio la miraban con desprecio por lo lista que había estado para salir al encuentro del artista.

—Busco al señor Hasson.

—Lo suponía. Estará en su habitación.

—Vengo de allí. He llamado y no contesta nadie.

—¿Está seguro de haber llamado a su habitación actual? Hace dos días que cambió de planta... Yo le acompañaré.

Procuró subir los dos tramos de escalera yendo delante de Rud. El vestido se le ceñía exageradamente a las caderas. Llegando a los últimos peldaños, volvió la cabeza y, mirando a Rud, sonriéndole, hizo un guiño.

Rud estaba acostumbrado a ese descoco y sonrió, como correspondiéndole, pero en realidad pensando: «¡Mosca pegajosa,

déjame en paz!»

Ya en el corredor, ella le dijo:

—El señor Hasson desde hace dos días no sale de su habitación. Está muy raro. Le preguntamos si se siente enfermo y, ¿sabe lo que nos contesta?

—Les manda al diablo.

—¡Así es! ¿Cómo lo ha adivinado?

—Conozco a ese hombre.

La camarera se detuvo de repente, de forma que Rud no tuvo más remedio que tropezar con ella.

—Es esta puerta —dijo ella, arrimándose más y levantando la cara.

—Gracias, preciosa —y Rud le acarició la barbilla.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Elmer Hasson, con el rostro inflamado, el cabello revuelto. En sus ojos se advertían signos de embriaguez.

Miró la manera con que la camarera descansaba el cuerpo en Rud, hizo una mueca y soltó:

—¡Puaf...! —pareció que escupía.

Se metió en la habitación.

—¿Ves? A mí también me manda al diablo —dijo Rud, Acentuando la sonrisa y volviendo a tocarle la barbilla.

Se separó de ella y se metió en la habitación, cerrando la puerta. La camarera permaneció unos momentos como embelesada, las manos a la altura del desarrollado justo, y en esta actitud, con aire ausente, echó a andar hacia la escalera.

Tropezó con uno de los clientes que subía.

—¡Perdone! —dijo el hombre.

Pero la camarera siguió descendiendo, como alelada, sonriendo estúpidamente.

El cliente hizo un gesto de extrañeza y comentó:

—¡Cómo disimulan! Hasta esta noche me parecía la más lista y resulta que es idiota.

Lo mismo estaba diciendo Rud en la habitación de Elmer Hasson.

—Esa chica es idiota. ¿Qué le vamos a hacer?

Hasson se había tendido en la cama.

—¡Eso que haces: alentar la idiotez! —gruñó.

Rud rompió a reír.

—Nunca me he explicado por qué estás tan grueso, con la bilis que llevas dentro. Cada vez estás más insoportable. ¿Qué te pasa?

La habitación estaba en desorden. Por cualquier parte, en los muebles y en el suelo se veían prendas de vestir, libros, periódicos...

Sobre una mesita había esparcidas varias cuartillas. En el suelo se veían muchas más, estrujadas, hechas una bola.

—¿Qué escribes? —preguntó Rud—. ¿Es algo para mí?

Elmer Hasson se incorporó. Fue a la mesita y cogió las cuartillas.

—¡Eso se terminó! —y rompió las cuartillas—. Por consejo de Yakina he estado intentando «adaptarme»... ¡No puedo! ¡Ni quiero! Sobre mí no caerán más remordimientos. Yo lancé el personaje «Sonrisa de Niño» y me arrepiento...

La risa de Rud lo interrumpió.

—¡Yo lancé el personaje! ¡Yo soy el padre de la criatura! —dijo Rud, parodiando el tono dramático de Hasson—. Utilizas los mismos tópicos que los plumíferos de tres centavos la docena. Me estás decepcionando, Elmer. Siempre te he considerado un escritor aparte...

—¡Sigo siéndolo, a pesar de ti y de la productora!

—Pues demuéstalo. Unos cuantos guiones te proporcionan el suficiente dinero para permitirte un año a descanso o más... Durante esas vacaciones, haz tu obra, la que tú sueñas hacer. ¿Qué crees que me pasa a mí? También sueño con interpretar algo genial. ¿Y qué? Las cosas han rodado de otra manera...

—¡Y te resignas! ¡Y sacas provecho! ¡Te gusta la popularidad de un público histérico!

—¡Déjate de tonterías! ¿Crees que me resulta grato situaciones como la de hace un momento?

—¿De veras? ¡Pues disimulas muy bien que te molestan!

—Yo vivo del público, Elmer.

—También Yakina. Y ella sabe mantenerse en una línea digna...

Rud hizo un gesto de desagrado.

—¡Deja en paz a Yakina!

Elmer Hasson, después de observarlo, dijo, con maligna alegría:

—¡Has discutido! ¡Con ella no puedes!

—Nunca lo he intentado. Demasiado lo sabe ella... Suelto vamos mejor. Si fui a verla, es porque me llamó para hablarme de tu «problema».

—Lo sé. Y le reproché que lo hiciera. No quiero limosnas...

—No vengo a darte ninguna limosna,

—Es de suponer, porque te has dado poca prisa en venir. Hace ya dos días que hablaste con Yakina.

—No me he dado prisa porque consideré mejor dejarte solo algún tiempo...

Se interrumpió al fijarse en una carta que había desplegada en el centro de la mesa. Rud la cogió, leyó el membrete y preguntó sorprendido:

—¿A ti también te escribe?

Hasson, que se encontraba de lado, volvió la cabeza. Al ver la carta que Rud tenía en las manos, contestó:

—¿Qué tiene de particularidad que me escriban?

—Yo sé por qué lo pregunto. Estoy acribillado por cartas con este membrete. Momentos antes de salir para venir a verte, me han entregado otra.

—¿Qué dice? —preguntó Hasson, sin poder ocultar que le intrigaba.

Esto no pasó inadvertido para Rud.

—No lo sé. La llevo encima, pero todavía no la he abierto. ¿Puedo leer esta?

—¿Y por qué no? Después de todo, mas bien va dirigida a ti que a mí. Me pide influya para que te intereses en ese asunto.

Llamaron en la puerta. Hasson abrió maquinalmente, mientras decía a Rud:

—Después me dirás...

La puerta fue abierta de golpe. Entraron dos individuos. Uno dio un empujón a Hasson. El otro arrimó una automática a la espalda de Rud, sin darle tiempo a que se volviera.

—¡A ver esa carta, muchachito! ¡Nos gusta meter las narices en asuntos ajenos!

Se la quitó de las manos. Y Rud empezó a volverse, sonriente. El

que empuñaba el arma estaba leyendo el membrete de la carta. Durante dos segundos dejó de prestar atención a Rud.

Fue suficiente. Una mano de Rud cayó de canto sobre la mano que empuñaba el arma. La automática cayó al suelo.

Rud no se entretuvo en el que acababa de desarmar. Giró rápido y con la mano de canto dio en la garganta del otro individuo, que había sacado un arma de la sobaquera.

Se oyó un resuello. El individuo se tambaleó. Rud volvió a dedicarse al que se había hecho con la carta.

Durante unos momentos estuvieron peleando a puño. Rud esquivaba todos los golpes, esperando que el adversario se colocara en la posición que le interesaba.

Lo alcanzó en el estómago. Al inclinarse, un gancho le obligó a doblarse hacia atrás. El individuo retrocedió, yendo de espaldas, cruzó la puerta y fue a dar contra la pared de la habitación de enfrente.

Hasson permanecía en un extremo de la habitación. Había intentado intervenir, pero el que le dio el empujón le golpeó con el puño en la nuca, antes de que Rud la volviera a emprender con él.

Una silla fue por los aires, buscando la cabeza de Rud, en el momento en que este se disponía a lanzarse contra el segundo individuo.

Hasson, medio aturdido, vio cómo Rud se agachaba en el momento preciso. La silla pasó rozándole la cabeza.

Al ir a incorporarse, el individuo ya había recobrado la automática y le apuntaba.

—¡A ver si eres listo...! ¡Permanece quieto...!

Apuntándole, fue evolucionando, buscando la puerta, siempre atento a Rud. Este permanecía con las manos a la altura del pecho, mirando con amenazadora sorna al pistolero.

—¿Estás bien, Jensen? —preguntó, sin mirar al compinche que estaba en el corredor.

—¡Sí, estoy... bien! ¡Vamos!

Era un decir, porque el individuo que había recibido un golpe en el estómago y otro en el mentón se sentía bastante molesto/

—¿Tienes la carta?

—¡Sí...! ¡Vámonos!

Con la mano que le quedaba libre, el que empuñaba el arma quitó la llave de la cerradura.

—Eh. Dale con el pie a la pistola —ordenó a Rud.

Quería que se la empujara al corredor. Pero lo que Rud hizo, fue tirarla hacia Hasson y dejarse caer de bruces.

El individuo se atolondró. Temió que Hasson recogiera la automática e hizo un disparo, cerrando enseguida la puerta.

Hasson no solo no había tenido tiempo de recoger el arma, sino que todavía no había comprendido cómo aquella pistola había llegado a sus pies.

Rud, tendido, miró a un lado, al tabique donde el proyectil había mordido el mueble. El disparo había salido bastante desviado.

En la puerta se había oído funcionar la llave. Rud se incorporó.

—¿Qué esperas, Elmer? ¿Que el arma suba a tu mano?

—¡Estoy atontado...! ¿Cómo ha ocurrido tan deprisa? —preguntó Elmer Hasson, verdaderamente desconcertado.

Rud recogió el arma. Enseguida se quedó mirando al guionista.

—¿Esto no estaba preparado por ti?

—¿Eh? ¿Tienes ganas de broma? ¡Por poco me parten la cabeza!

Rud le miró el cuello, donde se advertía una significativa inflamación por el golpe recibido en la nuca.

—Estamos encerrados...

—¡Llamaré por teléfono!

—¡Quieto, Elmer! ¿Tienes un cortaplumas?

—¿Un cortaplumas? —preguntó como si no entendiera. Reaccionó—: ¡Ah, sí!

Buscó en el cajón de la mesa. Sacó lápices, dos estilográficas, algunas llaves. Por fin apareció la pequeña navaja.

—¡Aquí está! Pero, ¿qué pretendes hacer con ella? Aunque esos cochinos se hayan llevado la llave, abajo tendrán otra. Será más sencillo llamar.

Rud no le hacía caso. Hurgó unos momentos en la cerradura y la puerta quedó abierta.

—Ya está —dijo, sencillamente, devolviéndole el cortaplumas.

Elmer miraba asombrado las manos de Rud.

—Sí, ya está —murmuró Elmer—. Más rápido que si hubiera

llamado pidiendo ayuda.

—Y más airoso, ¿no crees? —contestó Rud, con expresión divertida—. Imagina que este incidente hubiera llegado a oídos de algún periodista. ¿No ves la titular? «¡Elmer Hasson, el padre de «Sonrisa de Niño», encerrado con su "criatura" por los pobres ratas de hotel! ¡Una camarera con más curvas que talento les sacó del apuro!» ¿Qué te parece?

El escritor permaneció unos momentos observándolo, como si Rud le acabase de mostrar una nueva faceta de su carácter.

—Lo que me choca es tu guasa y tu sentido del ridículo.

Rud rompió a reír.

—¿Y quién tiene la culpa? ¡Tú, el director, los otros guionistas, habéis martilleado en mi carácter!

—¡Y un cuerno! Lo que hemos hecho ha sido sacar lo que había en el fondo de tu carácter. ¡Y yo sin darme cuenta! —se interrumpió para mirar con recelo a Rud—. ¿No serás tú quien ha preparado esto?

En el corredor se oía gente. El conserje de la pensión se decidió a llamar en la puerta entornada.

—¡Adelante! —autorizó Rud.

Todos los que había en el corredor, huéspedes y camareras, estaban muy afectados.

—¡Se ha oído un disparo! ¡Dos individuos han salido corriendo! ¡Uno iba como borracho! —dijo el conserje.

—Pues aquí no ha bebido ninguno de los dos —contestó Rud.

—Pero han «probado» los golpes de «karate» de Rud —agregó Hasson—. Parece que querían averiguar si tenían eficacia.

El conserje se quedó mirando al artista.

—¡Rud Leak! Yo le veo mucho en la televisión, ¿sabe?

—Eso será una sorpresa para él —comentó Hasson—. Nadie lo ve.

—¿Y el disparo? ¿Ha sida de verdad? —preguntó el conserje.

El escritor señaló el impacto.

—Ahí está la muestra. Y esta «prenda» que ha dejado —señaló el arma, que Rud había dejado sobre la mesa.

—¡Hay que avisar a la policía!

—¿Para qué? —dijo Rud—. No ha ocurrido nada... Y la policía

se está cansando de verme mezclado en accidentes. ¿Por qué no siguen todos como si nada hubiera ocurrido? En realidad, nada ha pasado —y sonriendo, fue empujando al conserje fuera de la habitación.

En el corredor seguían los curiosos, ahora con gesto de admiración.

—Como ustedes quieran.

Y el conserje se retiró. Cuando se cerró la puerta, la camarera pizpireta exclamó:

—¡Hemos visto una película!

Desde el interior de la habitación la oyeron. Rud hizo un gesto de resignación.

—Y así, siempre, Elmer...

El escritor iba derivando al buen humor.

—El caso es que... la carta que se han llevado esos individuos también son una influencia de los telefilms. ¿Cuántas te han enviado con el membrete de Calvin Malleson?

—Ya he perdido la cuenta. Pero no las firmaba Malleson, sino su secretaria.

—Lo sé. Te ha mandado fotografías...

—Sí. En casi todas las cartas.

—¿Y qué tal es?

—Como secretaria me parece una broma. Una cara y un cuerpo como el de esa mujer no se conciben tomando notas taquigráficas...

—Creo que sí —contestó despreocupadamente.

—¿En alguna fotografía... iba ligerita de ropa?

—¡Y te quedas tan fresco! ¿Sabes lo que me revelan en la carta que se han llevado esos individuos? Que esa mujer no es la secretaria del señor Malleson, sino su futura esposa. Alguien se ha aprovechado de su amistad con el señor Malleson para hacerse con esas fotos y enviártelas, fingiéndose ser la que te escribía.

Rud apenas prestaba atención. Miraba al corredor.

—Vámonos a cualquier bar —propuso Rud—. No me fío del conserje. Ese llamará a la policía y tendremos un rato de tabarra.

Al mismo tiempo metía la mano en un bolsillo y sacaba la carta que le dieron en el momento en que se dirigía en busca de Hasson.

—¿Qué dice? Ábrela mientras me visto...

—Ya la leeremos en el bar —contestó Rud.

Elmer Hasson lo miró devorado por la impaciencia.

—¡Paso tras paso, sin perder la cabeza! ¡Mil rayos! ¡Si me escriben a mí enviándome fotos con una chica como tú has dado a entender, a estas horas...!

—Te hallarías tirado en cualquier cuneta de cualquier carretera de Boston.

—¡Oh, no! Según la carta que se han llevado esos tipos, no se corre ningún riesgo. Reclaman tu presencia más bien como medicina sicológica. Alguien está bajo una crisis de terror y se ha obsesionado en que solamente el detective «Sonrisa de Niño» podrá protegerlo.

Ya se había puesto la chaqueta. Rud, sonriendo con escepticismo, lo cogió de un brazo.

—Vámonos. ¡Un enfermo que utiliza como cebo a una sirena! No está mal. Y aún está mejor que vengan dos tipos armados para hacerse con la carta que te han enviado.

—¡Es que esa carta debe ser muy importante! ¡En ella se aclara que no era la de las fotos la que te escribía!

Ya estaban en el corredor y Rud le hizo un gesto para que cambiara de tema.

Hablando de cosas indiferentes, riendo, descendieron la escalera. En Administración, al verles el conserje, se precipitó a salir a su encuentro.

—¿Es que se van?

—Sí, a tomar el fresco. Arriba hace demasiado calor —contestó Rud.

—Es que...

No se atrevió a decirlo.

—Ha llamado a la policía —completó Rud.

—Es mi deber. Pero no debe preocuparse. El teniente es muy amigo mío y no molestará.

—Menos me molestará si no nos vemos. Arriba ha quedado el arma. Dígale que se trataba de dos vulgares ratas.

Salieron. El coche deportivo de Rud aguardaba muy cerca de la pensión. Montaron y minutos después Rud volvía a aparcarlo, en una calle transversal a una populosa avenida.

—Vamos a ese bar —indicó uno que estaba medio vacío.

Se sentaron a una mesa que se hallaba en un rincón. Después que los sirvieron, Rud sacó el sobre y procedió a abrirlo.

La carta llevaba el membrete de Calvin Malleson.

—¡Vaya! —exclamó Rud.

—¿Qué ocurre?

—¿No ves? —la mostró—. Viene manuscrita... Y firma Calvin Malleson.

«...Le escribo de mi puño y letra para que no tenga dudas sobre la identidad del remitente. Debo explicarle que hasta ahora, todas las cartas que ha recibido eran un anzuelo de mis enemigos...»

El gesto risueño, casi escéptico, con que Rud había empezado a leer, fue esfumándose, dejando paso a una expresión seria, por momentos más grave.

Al terminar de leer, cogió el sobre y miró dentro.

—Sí, aquí está —y sacó una pequeña fotografía.

Estuvo unos momentos mirando la foto. Era una instantánea. Le dio la vuelta y se puso a leer las líneas torpes que había escritas.

Mientras tanto, Elmer Hasson había cogido la carta y la leía en silencio, también con gesto grave.

Cuando terminó, Rud todavía estaba con la foto en las manos, en actitud pensativa. Elmer Hasson, sin decir nada, cogió la cartulina y leyó:

«¡No creo en papá, ni en la policía, ni en nadie...! ¡Solo en usted! ¡Ampáreme!»

Hasson le dio la vuelta y se quedó mirando la fotografía.

Sobre un montón de piedras que simulaban una pequeña gruta en un cuidado jardín, aparecía un niño de cabellos rubios y grandes ojos claros. Su mirada parecía suplicar.

—Puede ser verdad que esté en peligro —dijo Hasson—. Y obsesionado porque solamente tú puedes ampararlo. ¿Qué opinas?

Al ir a contestar, Rud reparó en que un hombre de unos treinta

y cinco años, de rostro enjuto, se había parado frente a ellos y los miraba. Parecía molesto.

—Menos mal que no me han hecho correr mucho... Soy el teniente Most.

—¡Vaya! ¡El conserje se salió con la suya! —rezongó Hasson.

Y se presentó. Cuando el teniente miró a Rud, este dijo:

—Una de las ventajas de mi oficio es que no hace necesario que me presente. ¿O en este caso sí?

—¡De ninguna manera! —contestó el teniente, irónico—. ¿Qué sería del Cuerpo de la policía, si no le tuviéramos siempre presente, como guía y ejemplo?

Rud encajó el disparo con una de sus más inocentes sonrisas...

CAPÍTULO III

DESPUÉS de leer la carta, la dejó sobre la mesa.

—Y ustedes... Mejor dicho, usted —miró a Rud, haciendo una mueca—, quería esquivarnos.

El teniente se quedó en actitud pensativa.

—No lo comprendo —manifestó, después de un instante.

—Pues es muy sencillo —contestó Rud—. Solo tiene que pensar que rehúyo la policía, porque soy «muy superior» a todos ustedes.

El teniente levantó la mirada. La risa asomaba en los ojos de Rud.

—¿Con ganas de chufla?

—¿Y con ganas de qué se ha presentado usted, teniente? No crea que es la primera vez que me ocurre. Por regla general, todos sus colegas sienten hormigas en el Cuerpo apenas saben que tienen que ocuparse de un asunto en el que yo estoy de por medio. Hace tiempo que decidí no recurrir a ustedes. Procuro apañármelas solo...

El teniente Most hizo un gesto de burla.

—¿En un asunto como el del señor Malleson piensa arreglárselas solo?

—Todavía no he dicho que vaya a ocuparme de esa cuestión. Yo me encuentro en Los Ángeles y el señor Malleson en Boston.

—Usted está acostumbrado a desplazamientos más largos. Las distancias y otras muchas cosas no significan un obstáculo para usted.

—¿Entre esas «muchas cosas» qué incluye?

—Podría decir que una de tantas cosas que usted se salta a la torera es el respeto de la mujer.

—¡Anda! —exclamó Hasson—. ¿A qué llama usted respetarlas?

¿A «atenderlas» a todas las que se le pongan a uno por delante?

Cada vez se sentía de mejor humor. Y riendo fuerte, agregó:

—¡Cómo se conoce que usted, teniente, lo mismo que yo, tiene poco trabajo!

—¿Yo tengo poco trabajo?

—Digo espantando moscas. Moscas de busto apañadito y ojos de cordero.

El teniente replicó, irritado:

—¡No he venido a malgastar el tiempo...! Estoy aquí cumpliendo una misión —y mirando a Rud—. Mis superiores me han ordenado que les informe sobre el señor Malleson. El asunto del secuestro de su hijo está bajo control de la policía...

—Ya lo dice el niño —contestó Rud, cogiendo la fotografía—. Y parece que confía poco... ¿Eso es cierto?

El teniente Most no rehuyó la mirada, ni empleó evasivas al contestar:

—Es cierto... No confía en nadie... Solo en ese «bluff» que presentan los telefilms —enseguida añadió—. No voy contra usted personalmente. Me refiero al fantasma de la televisión.

—Le entiendo, teniente. De no ser así, quizá tomara en cuenta sus impertinencias sobre mi conducta con las mujeres y «otras muchas cosas» que, según usted, me salto a la torera.

Quedaron mirándose. El teniente, un poco desconcertado por la naturalidad con que Rud lo amenazaba y por la expresión risueña que mantenía.

—No sé cómo interpretar lo que acaba de decir...

—Para usted todo son enigmas, teniente. ¿Habré de pensar que existe también un poco de «bluff» en la perspicacia de los que tienen por oficio investigar?

El teniente Most enrojeció de ira. Elmer Hasson intervino, conciliador:

—También será usted tonto si no aprovecha este aire refrescante, teniente. Me refiero a salir de quicio por cualquier cosa que diga y haga Rud. No hace aún media hora yo escupía bilis. Todo lo veía negro y cerrado... ¡Y míreme ahora!

Prorrumpió en carcajadas. Rud, procurando mantenerse serio, dijo:

—Bien. Si tiene algo que preguntarme, hágalo, pero sin poner mostaza. Verá cómo nos entendemos.

El teniente, después de una pausa, declaró:

—Ese niño merece todos los respetos. Ya fue secuestrado, hace tres años.

Rud y Hasson lo miraron, afectados.

—Lo secuestraron con su madre —siguió el policía—. Lo peor fue que el niño vio cómo la maltrataban. Y después...

El teniente se calló, como para serenarse. Hasson fue contrayendo el rostro.

—¡Recuerdo ahora ese asunto! ¡Lo seguí paso a paso en la Prensa! Pensé aprovecharlo para un argumento... El señor Malleson... Pero, ¿cómo no he recordado antes su nombre?

—Porque ahora, con la debida autorización, utiliza el apellido materno —explicó el policía—. El que apareció en las crónicas era Schack.

—¡Sí! ¡Den Schack! —dijo el escritor.

—Den era el nombre de un «héroe» del Oeste de las viejas películas. De chiquillo el señor Malleson lo idolatraba y tomó su nombre. En realidad, se llama Calvin.

Rud permanecía callado. Tanto que el teniente y Hasson repararon en su silencio.

—¿No caes en quién es? —preguntó Hasson.

Rud movió la cabeza, asintiendo. Ahora que no aparecía la sonrisa en su rostro, el teniente se sintió más incómodo.

—Recuerdo muy bien el suceso... Parece que a ese hombre le aconsejaron que no diera el rescate. Y como respuesta, su esposa apareció muerta en el jardín de su casa... que no era en Boston.

—¡Claro que no! —dijo Hasson—. ¡Era en Miami!

El teniente volvió al gesto irritado.

—¡Ahora es usted quien pone mostaza! La policía aconsejó no dar el rescate, porque es una norma que debe respetarse para que no proliferen esa clase de bichos. Además, en el caso de la esposa del señor Malleson y de su hijo concurrieron hechos que dieron gran confianza a la policía de que podrían capturar a los culpables.

Intervino Hasson:

—Recuerdo que algunos periódicos se metieron con la policía de

Miami, y con la federal, por haber aconsejado que no se diera el rescate. Luego el señor Malleson tuvo que entregar doble cantidad de la que pidieron al principio para evitar que el niño siguiera la misma suerte que la madre.

El teniente temía que Rud hiciera algún comentario sarcástico sobre la policía, pero el artista permanecía como abstraído.

—Hoy mismo hemos recibido en el Departamento la orden de que informáramos a usted sobre ese niño. El médico de cabecera cree conveniente que usted se acerque a él, por si puede tranquilizarlo. Bastaría con que sostuviera un rato de conversación con el niño, explicándole que el detective de los telefilms es imaginario. Ahora bien, esto se pensaba hace unas horas. Se había tomado el acuerdo de informarle y, si usted decidía ir a Boston, ofrecerle toda clase de seguridades. Pero con lo que ha ocurrido en la pensión...

—En eso estoy pensando —dijo Hasson—. Debían saber que Rud vendría a buscarme. Llegaron demasiado oportunos para no pensar que estaban vigilando la entrada.

Refirió detalladamente lo que sucedió con los dos individuos. El teniente miró a Rud.

—¿Usted les hizo frente?

—¿Es que usted se hubiera cruzada de brazos?

—Uno le apuntaba...

—No es la primera vez que ocurre. Además, leí en su mirada que su propósito no era matarme.

—Pues le disparó.

—Fue un tiro intencionadamente alto.

Al teniente le cayó bien que Rud empuñara su forma de actuar.

—No se confíe —aconsejó—. En ese asunto interviene una criminal organización que no repara en medios a la hora de apartar obstáculos. Si llega el momento en que usted constituya un problema para ellos, no le quepa duda de que tirarán a dar.

Si creía que Rud iba a afectarse, se equivocó. Sonriente, contestó:

—Ya le he dicho que me di cuenta de que esos individuos no venían por mí ni por mi amigo Elmer. De momento venían por la

carta, y se la llevaron.

—¿Qué decía?

—Yo no llegué a leerla.

Elmer Hasson repitió lo que antes dijo a Rud.

—¿Descubrían el truco de las fotografías? —preguntó el teniente, confundido—. ¿Es que ha habido más fotografías que la del chiquillo?

—Las que Rud ha estado recibiendo eran de la futura esposa del señor Malleson.

—¿Puede mostrarme alguna? —preguntó el teniente, dirigiéndose a Rud.

—Lo siento, por regla general, todas las que recibo van al cesto. Y con estas ha sucedido eso precisamente.

El teniente se quedó mirándolo inquisitivamente.

—Es cierto: todas las he tirado —dijo Rud—. No lo interprete como que no quiero colaborar.

—¡Allá usted si no lo hace! Yo ya he cumplido mi misión. Tengo entendido que tiene licencia para llevar armas.

—Sí. Me la procuró un inspector federal.

—Pero ahora no va armado.

—Claro que no. Salí de casa para ver a un amigo, no para hacer frente a dos *gangsters*.

—A partir de ahora, yo de usted iría prevenido. Y si decide ir a Boston, tómese la molestia de comunicar con este número para que se le proporcione una buena custodia.

Dejó sobre la mesa una tarjeta y el teniente se levantó.

—Haga el favor de darme esa carta y la foto del niño —agregó el policía—. Si usted piensa echarlos al cesto de los papeles, a nosotros puede sernos útil. ¿Tiene inconveniente en que me los lleve?

—Ninguno —contestó Rud, con magnífica indiferencia.

Momentos después, al quedar solos los dos amigos, Elmer se quedó mirando a Rud con cierta extrañeza.

—Desde luego me es muy difícil comprenderte. Ha habido momentos en que me ha parecido que este asunto te afectaba.

—Ah. A mí se me pasa enseguida —contestó Rud—. ¿Nos vamos?

—¿Adónde?

—Tú a tu pensión. Yo, a mi casa.

El escritor asintió, un poco decepcionado. Ya en el coche, preguntó:

—¿Mañana tienes trabajo?

—Dispongo de unos días de descanso. ¿Por qué?

—Quisiera que habláramos sobre mi «problema». Estoy sintiendo ánimos para volver a escribir las tonterías del principio. Pero dentro de ese infantilismo quizá pueda meter algo humano y profundo, sin que el espectador lo note. ¿No crees?

—Tú sabes, mejor que yo, que lo profundo y lo humano puede encontrarse hasta en las piruetas de un macaco.

Ya frente a la pensión, en el momento en que Hasson se apeaba, preguntó:

—¿Podremos vernos mañana? ¡Yo iré a buscarte! ¡Al mediodía! ¿Te parece?

—Es demasiado temprano... Ya te diré por teléfono cuándo podremos vernos.

Y sin dar tiempo a que Hasson replicara, Rud desapareció en su coche deportivo, perdiéndose en la luminosa barahúnda de una avenida.

* * *

A la misma hora, en dos puntos bastante separados, se produjeron sendas llamadas de teléfono en las que se comunicaba lo mismo.

Una era en la pensión donde estaba Hasson. La centralilla le dio la comunicación. Sonó el timbre cuando el escritor se encontraba en pleno sueño.

Ya era media mañana. Hasson se durmió de madrugada, pensando en el asunto del hijo de Malleson.

Cogió el aparato, todavía medio dormido. Una voz de hombre lo despertó, haciendo que se sentara en el lecho bruscamente. Su gesto era de alarma.

«—... ¿Entendido? Eso es todo por ahora...»

La voz se cortó. Hasson permaneció unos momentos con el aparato en la mano. Poco a poco fue reaccionando. Y prorrumpió

en exclamaciones de cólera:

—¡Maldito! ¡Hacerme eso a mí! ¡A mí...!

Era como si dijera: «¡Hacer eso a su propio padre!»

Enseguida pidió un número a la centralilla de la pensión. A los pocos momentos contestaron:

«—Está comunicando, señor Hasson. Volveré a llamar dentro de unos momentos...»

El teléfono que Hasson pedía estaba funcionando, dando el mismo mensaje que él acababa de recibir.

Era el de la hermosa Yakina Elwes.

«—... Lo de anoche, en la habitación de Elmer Hasson, solo fue un aviso. Quizá ese “detective” de televisión le haga a usted más caso. Prepárese para tener una conferencia a larga distancia con él. Tan pronto sepamos el sitio donde se aloja, se lo comunicaremos. Tomó el avión de Nueva York, pero tenemos motivos para suponer que se dirige a Boston... No se mueva de su casa en todo el día, por si llamamos. ¿Entendido? Eso es todo por ahora.»

Y la voz de hombre dejó de oírse, después de pronunciar las mismas palabras del mensaje a Elmer Hasson.

Yakina Elwes acababa de salir del baño. Se hallaba sentada frente al espejo de su tocador. Mientras escuchaba al desconocido, fue cambiando de color.

Los ojos verdes se encontraron en el espejo, mirando asustados. Esto no le pareció oportuno y cambiaron de luz. Pensando en Rud, dijo mentalmente: «¡Todo lo que le ocurra se lo merece!»

La tenue envoltura se le había deslizado por los hombros y aparecía en el espejo el torso bronceado de una moderna Venus.

Cuando la voz de hombre dejó de oírse, Yakina dejó el aparato, en un movimiento maquinal. Miraba al espejo, pero ya no se veía, abstraída.

De pronto se levantó y, casi corriendo, fue a la puerta, las piernas al aire, seguida por el humo de seda.

—¡Melly! —llamó, entreabriendo la puerta.

Llegó la que en un tiempo pareció que iba a ascender hasta ocupar uno de los primeros puestos entre las actrices de Hollywood.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada, viendo lo afectada que

estaba Yakina.

—Mientras me visto, ponte en comunicación con Hasson. Que te diga qué ocurrió anoche, cuando llegó Rud...

En ese momento sonó el teléfono. Yakina se quedó mirando con miedo el blanco aparato.

—Contesta tú, Melly. Estoy muy nerviosa.

Melly acudió a la mesita del tocador y cogió el teléfono. Enseguida dijo:

—¡Sí, sí! ¡También Yakina creo que...! ¡Espere! —tapando el auricular miró a Yakina—. Es Hasson... Dice que ha recibido un mensaje.

—¡Dame!

Durante varios minutos estuvo haciendo preguntas a Hasson. Al final, decidió:

—¡Venga aquí!

—¡Pero han dicho que no me moviera de la habitación! —objetó Hasson.

—¡No importa! ¡Es lo mismo que me han dicho a mí! ¡Ellos quieren que haya uno de nosotros para conferenciar con Rud!

Hasson contestó que se pondría en camino enseguida. Al dejar el aparato, Yakina dio suelta a su cólera.

—¡Pero ese tonto cree que siempre va a salir bien de los líos en que se mete!

—¿De nuevo Rud se ha metido en dificultades?

—¿Y cómo no? ¡Está loco...! ¡Perdidamente loco...!

Procedió a vestirse. Melly iba poniendo en orden la habitación....

—¿Qué clase de dificultades son ahora? —preguntó Melly.

—¡No sé, ni me interesa! ¡Que se vaya al diablo...! El tipo que ha llamado me pide que aconseje a Rud que se aparte de la cuestión en que Rud está metiendo la nariz ¡Que le aconseje yo! ¿A mí que me importa lo que él haga en Boston?

—¿El asunto procede de Boston? —preguntó Melly, perpleja.

—¿Y qué? ¿Una vez no fue en Hong-Kong? ¿Otra no fue en Estambul? Los reactores son su taxi. ¡Así un día...!

Pero no concluyó. En seguida se mordió el labio inferior, hundiendo los dientes. Sus ojos verdes echaban fuego a través de

las lágrimas.

Procuró permanecer de espaldas a Melly.

—¿Hasson sabe de qué se trata? —preguntó la exactriz.

—¡No sé qué ha dicho de un niño y de un secuestro...!

Cuándo más tarde se sentaron las dos para escuchar al recién llegado, Yakina ya permanecía encerrada en su típica actitud de diosa que se siente al margen de todos los conflictos de los pequeños seres.

Elmer Hasson, abrumado, mientras se reanimaba tomando sorbos de whisky, empezó el relato de lo que les ocurrió la noche anterior.

—Y el policía, cuando le pidió la carta y la foto del niño, confiaba en que Rud dijera: «Lo necesito. Todavía he de pensar este asunto». Pero no sucedió nada de eso. Con una estupenda indiferencia, se encogió de hombros... ¡Y yo estoy seguro de que ya entonces estaba decidido a marcharse esa misma noche! ¡Hasta a mí me ha encañado!

Yakina, pese a que se sentía de pésimo humor, rio.

—¿Se extraña de que lo haya engañado a usted? ¡Rud da el mico a su propia sombra!

Guardaron silencio durante unos momentos.

—Voy recordando el suceso de la mujer muerta... Y el niño, que siguió como rehén, hasta que el padre desembolsó el doble de lo que pidieron al principio —decía Yakina—. Hábleme de esas cartas que recibía Rud...

—Solo he leído la última, la que ha escrito el mismo Malleson. Parece que todas las demás eran pura filfa, incluso las fotografías.

—¿La mujer es bonita?

—Rud dice que sí.

—Pues no cabe duda que lo es —declaró Yakina, queriendo mantener un aire burlón—. Rud suele escatimar ese calificativo.

Yakina, de pronto, sintió deseos de encontrarse sola y se fue al jardín. Elmer iba a seguirla, pero Melly lo disuadió.

—Déjela. Está muy afectada por lo que ocurre.

—¿Siguen lo mismo ella y Rud? ¿No cede ninguno de los dos?

—No es posible. Están perdidamente enamorados el uno del otro, pero ambos reconocen que juntos se destruirían.

—¿Y cómo están ahora, qué ocurre?

—Procuran aturdirse en el trabajo. Y apenas tienen un descanso, como ahora...

—...Rud se mete en líos —completó Hasson—. Y ella le sigue.

Tras una pausa, exclamó:

—¡Cuánta vitalidad en los dos!

Durante un buen rato, Yakina estuvo sola, en el jardín. Cuando regresó, parecía tranquila, pero sin la indiferencia de diosa de antes, que para los que la conocían constituía una máscara.

—Estoy pensando en ese pobre niño. ¿Qué puede hacer Rud por ayudarle?

—Tal vez mucho. Con solo estar a su lado, puede infundirle confianza. Parece que está obsesionado por el «detective» de la televisión —contestó Hasson, tratando de que su tono sonara a broma.

A media tarde se produjo la temida llamada. Hasta entonces nadie la había aludido.

Pero siempre que sonaba el teléfono, los tres acusaban un estremecimiento.

Eran llamadas de amigos. Yakina nunca se ponía al teléfono y Melly la excusaba diciendo que se hallaba acostada.

Pero a media tarde...

—Exigen que te pongas tú al aparato —dijo Melly, tapando con la mano el auricular.

Yakina lo hizo. Reconoció la amenazadora voz de la mañana.

«—...Ya no habrá más consejos. Rud se encuentra en Boston, en casa de Malleson. Para que no pierda el tiempo, le daré el número. Vea cómo se las arregla para que regrese. ¡Es la última advertencia! El ídolo Rud Leak tiene las horas contadas...»

Cuando Yakina dejó el aparato, no parecía una diosa indiferente a los conflictos de los pequeños seres, sino un ser humano, aterrorizado...

CAPÍTULO IV

—¿T E decepciono? —preguntó Rud, sonriendo.

Se hallaban cerca de las cuadras donde había unos magníficos caballos de carreras.

El niño Rich, de grandes ojos azules y cabello rubio, tenía facciones muy finas. Estaba muy pálido y delgado.

Se quedó mirando a Rud y movió la cabeza, esbozando una sonrisa.

—¡Estoy muy contento de que hayas venido! ¿Cómo vas a llamarte ahora?

En cada telefilm, el detective «Sonrisa de Niño» utilizaba un nombre distinto.

—¿Qué nombre te gusta más?

El chiquillo quedó pensativo.

—«Greg Dorsey», «Mark Aston», «Jimmy Wenger»...

Rud rompió a reír.

—Los conoces mejor que yo.

—Todos me gustan.

—Pero si a cada momento me aplicas un nombre distinto, nos haremos un lío. Yo no los recuerdo casi... ¿Por qué no me llamas Rud? Ese sí lo recuerdo, porque es el que me dio mi madre.

—¡Rud! ¡Sí! —y cogiéndole una mano, lo invitó a seguir adelante, hacia las cuadras—. Tú entiendes de caballos. A ver qué te parecen los que tenemos... Papá gana mucho en las carreras —esto último lo dijo como con desgana.

Rud llevaba apenas un par de horas en la casa de Malleson y ya se había dado cuenta de muchas cosas. Conocía al padre, al médico de cabecera, a la servidumbre...

La finca estaba bajo control de la policía. Un inspector federal

llevaba la responsabilidad de aquella custodia.

Era el inspector Dowd. A Rud le habían dicho que, tan pronto como oscureciera, el inspector se presentaría para saludarle.

Una de las cosas que Rud había captado era que el niño no solo no tenía confianza en su padre, sino que parecía temerlo.

Era una desconfianza distinta de la que le inspiraba la policía. «No sirven para nada. Son tontos», le había soltado el niño, apenas quedar solos.

Sin embargo, de su padre no dijo nada.

—¿Tu papá gana dinero en las carreras?

—Sobre todo en las de Saratoga.

La ciudad de Saratoga poseía un magnífico hipódromo, que solamente tenía actividad durante una breve temporada, durante el verano. En esas carreras concurrían los caballos de más renombre en todo el mundo. Y el público estaba integrado por grandes personalidades.

—Ganar en Saratoga es saber de caballos —comentó Rud.

—Papá gana también en otros hipódromos... Pero yo sé de otros hombres que saben más que él de caballos y no ganan.

Ahora el tono que empleaba Rich tenía un claro matiz de desprecio.

Rud oyó pasos muy cerca y se calló la pregunta que iba a hacerle al chiquillo.

—Desde luego, los caballos que tenéis son hermosos —dijo Rud, ya frente a las cuadras.

Por entre los macizos salió Calvin Malleson, acompañado de un hombre al que Rud todavía no había visto en la casa.

Calvin Malleson era de mediana talla, cabellos grises, bigote recortado, también gris. Tenía un poco de barriga y su aspecto era el de un hombre jovial, dado a la buena vida.

El que lo acompañaba era más joven y de más talla. Llevaba lentes. No era mal parecido y tenía tipo atlético.

—Señor Leak, permita que le presente a mi apoderado Leslie Eggers. Él es el que me quita todos los quebraderos de cabeza en lo que a los negocios se refiere.

Mientras Rud y Leslie se estrechaban la mano, Malleson acarició la cabeza de su hijo.

—¿Contento, Rich? Ya tienes al lado a tu «héroe» —y, por mucho que trató de evitarlo, en su voz y en sus ojos grises asomaron chispas burlonas—. ¡Es tu ídolo!

—Todos hemos tenido el nuestro cuando éramos niños —contestó Rud, sonriendo—. Tengo entendido que usted también tuvo su «héroe», un tal Den...

Cogió por sorpresa a Malleson y a Leslie. Los dos hicieron un gesto de alarma.

Malleson se repuso enseguida:

—Efectivamente, se llamaba «Den». Uno de aquellos caballistas que disparaban el revólver sin parar y sin que se les terminara nunca la munición. ¡Cómo me entusiasmaba! —rompió a reír. Luego agregó—: ¿Y sabe? Con el tiempo tuve ocasión de conocer a «Den» en persona. Ya esa clase de «héroes» no se estilaban. Fue una amarga sorpresa. Me encontré con un guiñapo, devorado por el alcohol y los narcóticos. Falleció en un manicomio.

—No debió hurgar en lo que vio de niño cuando sus ojos eran de hombre —contestó Rud, con gesto risueño.

Pero sus ojos estaban mirando con dureza a Malleson, por haberse expresado de esa forma ante su hijo.

Rich no pareció darse cuenta del sentido que llevaban las palabras de su padre. De espaldas a todos, acariciaba la cabeza de un caballo que asomaba por la puerta cortada.

—Sí, tiene usted razón —contestó Malleson, tratando de que Rud le disculpara la impertinencia—. Nunca debí mirar atrás...

—Yo no he dicho eso. Mirar atrás es bueno, para rectificar, para aprender y tomar nuevo impulso.

Leslie Eggers permanecía callado. De vez en cuando se tocaba las gafas. El sol, ya cerca del horizonte, le cogía de frente y arrancaba relámpagos de los cristales.

—Bien, ya los he presentado. Leslie y yo tenemos que hacer —cortó Malleson.

Se marcharon. Al quedar solos Rud y el chiquillo, dijo este:

—Papá antes se llamaba «Den».

—Lo sé.

—«Den Schack».

Se alejaron de las cuadras.

—Debes querer a tu padre. Tener confianza en él. A ti no puede pasarte nada, estando él a tu lado...

Se encontraban cerca de los peñascos que formaban una pequeña gruta. El lugar que apareció en la instantánea.

—¡Papá... es cobarde!

—No digas eso.

—¡Lo dijo mamá!

—Debes olvidarlo. En momentos de ofuscación se dicen cosas que no se sienten, ni son verdad.

—¡Mamá lo dijo... cuando me abrazaba... despidiéndose de mí...! ¡Sabía que iba a morir!

Rud disimuló el efecto que le hacían las palabras del niño. Con gesto divertido, para dar a entender a los que pudieran estar espiándoles que hablaban de cosas sin importancia, fue volviéndose. Los macizos impedían ver todo, el jardín. No podía saber si alguien andaba cerca.

Miró a la terraza, en la que había grandes columnas de mármol. Allí estaban Malleon, Leslie y una esbelta mujer. Los tres miraban en dirección a Rud.

A pesar de la distancia, Rud pudo darse cuenta de que la mujer, aparte del lujo con que vestía, poseía una escultural figura.

—¿Qué mujer es la que está en la terraza? —preguntó al chiquillo.

Rich miró e hizo un gesto de aversión.

—¡Eda! ¡Quiere ser mi mamá! —y el chiquillo escupió.

—¿No la quieres?

—¡No quiero a nadie!

—Gracias —contestó Rud, riendo.

—¡No! ¡Tú eres distinto!

—¿Esa mujer viene aquí muy a menudo?

—Hacía ya tiempo que no aparecía por casa. Pero yo sé que papá la ve todos los días, en la ciudad.

Desde donde se encontraba, no podía saber Rud si entraba en la finca algún coche, con nuevos visitantes.

—¿Tú cuándo me dejarás? —preguntó Rich, plantándose frente a Rud en actitud de quien espera que le dé una bofetada.

—Dispongo de muy poco tiempo libre, te lo dije apenas llegar.

—Sí. Pero, ¿cuándo me dejarás?

—¿Te parece bien que esté contigo un par de días más? En los estudios me necesitan... Tan pronto termine el rodaje del próximo episodio volveré a hacer una escapada.

—¡Ya no volverás!

—¿Por qué?

—¡Lo sé...! ¡No volverás! ¡Y a mí me habrán matado, como a mamá!

Permaneció con la cara levantada, pálido, los ojos abiertos. Por sus mejillas empezaron a deslizarse las lágrimas, pero Rich ni siquiera parpadeó.

Rud se sintió conmovido y se acucilló.

—¡No digas tonterías! —se puso a revolverle el cabello—. A ti no te pasará nada... Crecerás, te harás fuerte y un día quizá te encuentres conmigo y digas: «¡Vaya! ¡Este viejales era el Rud que yo creía podía con todo!...»

Una voz dulce, acariciadora, dijo muy cerca, en un sendero del jardín:

—Ese sentido de la realidad habla muy bien en favor de usted, Rud Leak.

Él se levantó. Era la mujer que el chiquillo había dicho que se llamaba Eda.

Era la mujer que en una de las fotografías que recibió Rud aparecía casi desnuda. La conocía por las fotos en toda clase de atuendos. Y tanto en vestido de calle, como en traje de noche, se desprendía de su figura el mismo grito de bestial sensualidad.

Ahora que podía verla en persona, comprobó que la fotografía apagó bastante ese grito. Era morena, de ojos negros y labios carnosos. Su busto y sus caderas eran un golpe a los sentidos.

Pero Rud no acusó el impacto. Con el mayor descaro, sin dejar de sonreír, recorrió con la mirada los más sugerentes contornos del cuerpo de Eda y, limitándose a hacer un movimiento de cabeza que quería significar su aprobación, manifestó:

—Tengo la impresión de que la he visto antes.

—Sí —contestó Eda, entornando los ojos y adoptando una actitud lánguida—. Estoy informada por Cal de que «alguien» le envió algunas fotos más...

—Ah. Entonces se debe a eso por lo que tenía una vaga impresión de haberla visto.

—Parece que me utilizaron como cebo, para que usted viniera. Pero, aunque no resulte halagador para mí, no surtió ningún efecto.

Se quedó mirando a Rud, esperando su respuesta. El chiquillo se había alejado. Eda fue adoptando una actitud provocativa.

—Seguramente no me fijé —contestó Rud, risueño—. De lo contrario...

—A mí no me puede usted engañar, Rud. Sé que le lloverán las fotografías de mujeres hermosas...

Rud hizo uno de sus típicos gestos de pícaro.

—Hay de todo.

—Sin embargo, porque Cal le ha escrito dándole cuenta del estado del pequeño Rich, usted ha venido.

—¿Le disgusta?

—Al contrario, me complace saber que en usted hay sentimientos nobles. Muchos le consideran un cínico...

—Con los cínicos, lo soy. Procuro siempre devolver golpe por golpe.

Eda creyó que las palabras y la burlona mirada de Rud contenían una advertencia. Y sintió un incontenible deseo de desafiarle.

—¿Al fuego contesta con fuego? —lo envolvía con la mirada, mientras sus labios avanzaban un poco, blancos, arqueados, como esperando un beso—. Quisiera comprobarlo.

Rich permanecía en un extremo del jardín, vuelto de lado.

—Nos hemos olvidado del chiquillo —dijo Rud.

—Esta noche, en honor de usted, cenaré aquí. ¿Conoce Boston de noche? —y antes de que Rud contestara, dijo—: Me ofrezco como guía. Cal quiere que nos esforcemos todos porque su estancia aquí sea lo más agradable posible.

—Calvin es muy amable.

—Por lo que a mí respecta, tendré mucho gusto en enseñarle lo más destacado del Boston nocturno.

Se alejó, volviéndose dos veces para comprobar si Rud la miraba. La primera vez sí que él estaba mirándola. Pero la segunda, Rud ya le había vuelto la espalda, caminando hacia donde estaba

Rich.

* * *

A la hora en que se disponían a cenar, Rud entró en la habitación del pequeño.

—¿Todavía despierto? Me has prometido...

—Me dormiré enseguida, Rud...

—De acuerdo.

Momentos después, Rud se encontraba en la terraza. En el comedor ya estaba todo dispuesto para la cena.

—Todavía están en el despacho hablando de negocios —dijo Eda, saliendo de detrás de una columna—. ¿Damos un paseo por el jardín?

Llevaba un traje de noche que le guillotina el busto por la misma línea del seno. En la penumbra destacaba la piel morena de los hombros desnudos y parte del pecho.

Descendieron la escalinata y se perdieron en el jardín. De pronto, Eda se volvió, arrimándose a Rud, la cara levantada.

—A ver si es verdad... que contesta... al fuego con el fuego...

Rud la rodeó con los brazos. Eda pareció que iba a caer y él se inclinó, sosteniéndola. Cuando le encontró los labios, Eda pareció recobrar sus fuerzas y pugnó por erguirse, para que el beso fuera más fuerte.

En ese momento, Calvin Malleson y su apoderado Leslie no se encontraban en el despacho, sino en la habitación de Rich.

—¿No duermes...? Perdona que no haya venido antes a darte las buenas noches...

Leslie se había situado en la ventana.

—¡Señor Malleson! ¡Mire al jardín...! Voy a apagar la luz.

En el momento en que Leslie le daba al conmutador, Malleson decía:

—Son Rud y Eda...

—Ya sé. Pero yo me refería... Mire a ese otro lado. ¿No ve dos sombras?

—Sí. Parecen dos hombres que se arrastren...

—Querrán sorprender a Rud.

El chiquillo se había abierto paso, colocándose en primer

término de la ventana.

—¡Hay que avisarle! —dijo el niño.

—¿Para qué? —replicó su padre—. Rud podrá con ellos.

En ese momento, un árbol servía de obstáculo para ver a Rud y a Eda. Fue ese obstáculo el que ella escogió para dejarse besar.

De pronto, Eda se sintió impelida bruscamente. Rud la había soltado, empujándola. Giró rápido.

Eda estaba ocupada en conservar el equilibrio cuando oyó un sordo chasquido y enseguida un aullido. Un puño de Rud había dado en plena boca de uno de los individuos que se habían acercado yendo casi a rastras.

La luna, en menguante, puso brillos en la mano derecha del otro individuo. Se acercaba empuñando un cuchillo. Eda iba a gritar, pero no pudo.

La pelea se estaba desarrollando en un sitio donde desembocaban varios senderos, en una especie de plazoleta. No había arbustos elevados y desde la ventana podían seguir los incidentes de la lucha.

Por la talla y por la elasticidad con que se movía, podían saber en todo momento quién era Rud.

Después de sortear un par de veces las acometidas del que esgrimía el cuchillo, Rud consiguió asirlo del brazo armado, le golpeó contra una de sus rodillas y el individuo soltó el arma, emitiendo un alarido.

El brazo lo tenía roto y echó a correr, aullando. El que recibió el golpe en la boca se había apostado al lado de un macizo.

Surgió un fogonazo. Pero Rud ya había desaparecido de la zona iluminada por la luna. Oculto en el follaje, advirtió el silbido del proyectil.

Ahora le tocó el turno a Rud. Tenía la automática en la derecha. Apretó el gatillo, apuntando al sitio donde había surgido la señal de fuego.

Se oyó el resuello y el golpe de un cuerpo contra la grava del sendero.

Eda no osaba moverse del sitio donde se había agazapado. Rud retrocedió, de cara a donde suponía al enemigo.

—¡Rud...! ¡Le juro...!

Pero Eda estaba demasiado afectada y no pudo continuar.

—Vamos dentro —dijo él, agarrándola de un brazo.

Rodearon un macizo y emprendieron un sendero que iba transversalmente hacia la zona despejada donde empezaba la escalinata.

Desde la ventana, gritó Rich:

—¡Rud! ¡Rud...!

—¡Todo bien, Rich! —contestó el artista.

El padre y Leslie se retiraron de la ventana. Malleson dijo bruscamente:

—¡Acuéstate!

Parecía muy disgustado. Rich se quedó mirándolo, como si no comprendiera.

—¡He dicho que te acuestes!

En el momento en que lo cogía de un brazo y lo empujaba al lecho, la puerta se abrió y entró Rud. Sonriendo, mientras se arreglaba el cabello con una mano, con la otra hizo un ademán de despreocupación.

—No ha sido nada —mirando a Malleson y a Leslie, hizo un gesto de extrañeza—. Yo les hacía en el despacho... ¿Es que Rich ha gritado?

Malleson, azorado, contestó:

—Sí. Le oímos gritar...

—¡Eso no es cierto! —replicó Rich—. Los dos estaban aquí antes de que atacaran las dos sombras, Rud.

El padre le dirigió una feroz mirada. Leslie, al sentir los ojos de Rud, contestó, sonriendo:

—Ya sabe cómo está de nervioso... Subimos porque gritó.

—¡No es verdad! —chilló el niño.

Malleson se inclinó violentamente sobre el chiquillo. Rud se interpuso, riendo:

—¡Pero si no tiene importancia! ¡Vamos, Rich! Que no se diga que no sabes obedecer. Quedamos en que a las nueve estarías durmiendo.

El pequeño asintió con movimientos de cabeza y subió a la cama. Malleson no los dejó solos. Esperó a que se despidiera.

Descendieron juntos la escalera, callados. En el vestíbulo

estaban dos policías, Leslie y algunos criados.

Eda se encontraba en el comedor, frente a un mueble bar, bebiendo un whisky. Estaba muy alterada.

Malleson y Rud se detuvieron en la puerta del comedor.

—Déjeme unos momentos con ella. Debe de estar muy asustada —pidió Malleson.

Rud se dirigió al vestíbulo.

—Lo siento, Eda —dijo Malleson, acercándose a ella con paso indeciso.

Lentamente, la mujer se volvió. Los ojos negros le miraron primero con dureza. Después, con burla.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haber fallado?

—¡No te comprendo! ¿Acaso piensas que yo he preparado esto estando tú por medio? ¡Qué absurdo!

—Ya sé que habrás recalcado que a mí no debía pasarme nada. Por la cuenta que te tiene, a mí no debe pasarme nada —su expresión de burla fue acentuándose—. Pero lo que quisiera saber es si lo sientes por haber fallado en asustar a Rud...

—Pero, ¿de dónde sacas que yo pretendo asustarlo? ¡Le he rogado que viniera!

—Para destruirlo ante tu hijo. Sé qué juego te llevas, Cal...

Echó a andar hacia la puerta del comedor. Malleson quedó inmovilizado.

Desde la puerta, volviéndose, dijo Eda:

—Allí está la policía. A ver cómo justificas que hayan podido entrar en tu casa los malhechores, estando esta bajo vigilancia.

Eda se encaminó al vestíbulo, donde el inspector federal Dowd decía:

—¡Es curioso que a las pocas horas de haber llegado usted...!

—Si uno marcha por una carretera polvorienta, nada tiene de extraño que levante polvo —contestó Rud.

—Todo esto es muy extraño. El jardín ha estado toda la tarde muy vigilado.

—No soy yo el más llamado a explicar las cosas raras que aquí ocurren. Soy como quien dice, un recién llegado.

Otro policía entró, llevando un cuchillo.

—Esto estaba en el jardín, cerca del muerto.

—El que lo empuñaba, no es el muerto —puntualizó Rud.

—¿Por qué? —preguntó el inspector.

—Porque eran dos y el que llevaba el cuchillo escapó.

Uno de los policías iba a rechazar diciendo que era imposible, pero se contuvo al pensar que, cuando oyeron el disparo, toda la guardia acudió a la puerta del jardín, dejando sin vigilancia puntos que fácilmente podían ser saltados.

El inspector y los dos policías salieron. Minutos más tarde, el federal regresaba, renegando.

—¡Está uno rodeado de ineptos! Muy cerca del jardín se detuvo un coche, apenas oscurecer. Llevaba los faros apagados... Y con los faros apagados arrancó, al poco de sonar los disparos. Más abajo los encendió. ¡Pero que le echen un galgo ahora!

Calvin Malleson dijo:

—Todo esto no va a servir más que para perjudicar a mi hijo.

—Lo siento, señor Malleson —dijo el inspector.

—Usted no tiene la culpa. ¿Cena con nosotros?

—¡Pues sí que estoy yo para cenar! He de ocuparme de lo que ha quedado en el jardín.

Iba a marcharse cuando se quedó mirando a Rud.

—Sé lo que en todas partes le ha ocurrido con alguno de mis colegas —dijo el federal—. Se han puesto de uñas usted y ellos, y han tenido tropiezos que muy bien hubieran podido evitarse con un poco de comprensión por ambas partes. Quiero que aquí no ocurra eso. Usted límitese a descansar...

—Cuando ha ocurrido lo del jardín, yo estaba paseando con la señorita. ¿Es así, Eda?

—Así es, Rud —contestó ella.

El inspector no pudo evitar dirigir una mirada casi conmisericordiosa a Malleson.

—¿Y usted dónde estaba?

—Trabajando con Leslie, en el despacho.

Leslie confirmó lo dicho por Malleson.

—Y esta noche, para que no diga que no colaboro con ustedes —manifestó Rud—, si veo que el pequeño Rich duerme tranquilo, pienso salir con la señorita Eda a recorrer la ciudad. ¿Hay algún inconveniente?

El inspector miró a Malleson.

—Naturalmente, usted irá con ellos.

—Yo, no. Quizá vaya Leslie... ¿Por qué?

—Ah, por nada.

El inspector se volvió de espaldas para evitar que Malleson viera que ahora en los ojos del federal había algo más molesto que la conmiseración. Era burla clara. «¡Los hay con una candidez que espanta!», rumiaba el inspector.

Durante la cena, Calvin Malleson se mostró muy locuaz. Leslie miraba a Rud de vez en cuando, por encima de las gafas.

Eda estaba sentada frente a Rud.

—Acompáñalos tú, Les —dijo Malleson, al terminar la cena.

—Como usted quiera. Pero sabe que tengo mucho trabajo.

—¿Cómo es eso, Les? —preguntó Eda—. Casi todas las noches nos vemos en los mismos clubs, bastante tarde.

Leslie no replicó.

—Si Les nos deja, yo misma traeré a Rud —dijo Eda—. No estés intranquilo, Cal.

—No lo estaré. Nuestro huésped sabe cuidarse. Además, la policía que está por estos alrededores permanecerá alerta.

Leslie montó en un coche. Eda, en otro mejor.

—Siéntese a mi lado, Rud —dijo ella—. Sé que usted es un formidable conductor, pero por esta vez tendrá que resignarse a que yo lleve el volante. Conozco el camino.

—Encantado de que me conduzcan tan buenas manos —contestó Rud.

Ya fuera de la finca, seguidos por el coche que conducía Leslie, dijo Eda:

—¿Qué le parece ese hombre?

—¿Leslie? Muy callado.

—Ante usted está callado. Lo hace para estudiarlo mejor. No se confíe.

—¿Es peligroso?

—Es un reptil que se lanza al cuello de su víctima cuando menos se lo puede imaginar.

—¿Usted le teme?

Eda rompió a reír.

—¡Oh, no! ¡Es él quien me tiene miedo a mí!

—¿Tanto como Malleson?

La cogió desprevenida.

—¿Supone usted que Cal me tiene miedo? ¡Pero si vamos a casarnos...!

—No importa. A mí me ha dado la impresión de que él la teme.

Eda volvió a reír. Luego dijo:

—Está usted influenciado por las truculencias que interpreta ante las cámaras.

—Mejor para usted y su futuro esposo si estoy equivocado.

Ya estaban en el centro de la ciudad. Cerca de un club nocturno aparcaron. Leslie se situó algo distanciado.

Eda se apeó diciendo:

—Creo que Les está de mal temple.

Fue a su lado. Durante un momento estuvieron hablando. Rud se acercó.

—Dice que es mejor para los tres si él se marcha a su trabajo —manifestó Eda.

—Yo sería un estorbo y tengo mucho trabajo pendiente—agregó Leslie.

—Como quiera —contestó Rud, convencido de que era ella quien le había ordenado que se apartara.

CAPÍTULO V

ESTABAN en el lujoso apartamento de Eda. En el club ni siquiera hicieron el simulacro de entrar.

Apenas arrancó el coche de Leslie, Eda dijo: «Sé un sitio mejor donde conversar y beber...»

Ya era medianoche cuando Rud, con un vaso en las manos, miró hacia el diván donde permanecía Eda, con el cabello caído sobre los hombros, mal cubierta por un batín.

—Es hora de regresar.

—No, querido. Es pronto todavía —y le sonrió, los brazos doblados, las manos bajo la cabeza—. Es pronto...

Rud puso licor en otro vaso y se acercó al diván. Al darle el vaso, preguntó:

—¿No contesté el fuego?

Ella asintió, cerrando los ojos. Luego, desparezándose como un felino, murmuró:

—Por eso... no debes regresar tan pronto...

Rud dejó el vaso de ella sobre un mueble, apuró el suyo y procedió a hacerse el nudo de la corbata.

—Es pronto... ¿No me has oído? —preguntó Eda, mimosa.

—¿Falta mucho todavía para que aparezcan «ellos»?

Eda, que tenía en esos momentos un brazo colgando, dejó de balancearlo y abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Quiénes han de aparecer?

—Ah, no sé. Tal vez Malleson y Leslie... Quizá Malleson y el inspector...

Eda se sabía observada a través del espejo y procuró un gesto despreocupado.

—¡Qué tonto! El único que puede suponer que estamos aquí es

Leslie, y él se guardará muy bien de avisar a Cal.

Rud, sin dejar de sonreír, terminó de arreglarse la corbata, se peinó y se puso la chaqueta.

—Cogeré un taxi —dijo, yendo hacia ella, para despedirse.

Eda se incorporó con expresión de despecho.

—¿Te vas?

Sonaron fuertes golpes en la puerta. Sin perder la sonrisa, Rud señaló la puerta:

—Ahí tienes.

Eda saltó y se acercó al reloj que había en una repisa.

—¡Imposible! —exclamó—. ¡Todavía es pronto!

Volvieron a llamar.

—Ábreles —dijo Rud.

Lo primero que él hizo al entrar en el compartimento de Eda, fue averiguar todas las posibilidades para una retirada.

Ella le miró sorprendida y un poco asustada.

—¿No te importa quién sea?

—Voy a esfumarme —contestó Rud.

Pasó al otro departamento. Al instante había desaparecido por una ventana.

Los golpes cada vez eran más fuertes. Se oyó la voz de «Leslie:

—¡Abra!

Al reconocerle, Eda retiró un vaso y volcó el cenicero en el cuarto de baño.

Se arregló el batín y abrió, manteniendo un gesto adusto.

—¿Qué ocurre?

Leslie venía acompañado de dos policías de uniforme.

Apartó a Eda, empujándola, y entró, diciendo:

—¡Pasen!

Los guardias lo hicieron de mala gana. Leslie se puso a recorrer el compartimiento. Miró hasta debajo de la cama.

Luego se asomó a la ventana. Había una cornisa bastante ancha, pero no se decidió a admitir que Rud hubiese escapado por allí. Eso quedaba para los trucos del cine.

No vio a nadie en la cornisa. Había otras muchas ventanas por las que Rud podía introducirse. Tampoco esto quería aceptarlo. En

cualquiera de las habitaciones donde apareciera, produciría la alarma.

Sin embargo, la realidad era mucho más molesta de lo que Leslie podía imaginar. En el compartimiento contiguo al de Eda se alojaba una cantante de un club nocturno.

Acababa de terminar su actuación y en el momento en que Rud apareció en la ventana, ella procedía a quitarse el vestido de calle.

Por el espejo vio a Rud y se volvió.

—No se asuste —dijo él.

—No me asusto —contestó ella, sonriendo—. He visto a la policía en el pasillo.

Se puso a reír. Era rubia, bastante bonita. Pero parecía envejecida prematuramente, o muy cansada.

Fue al mueble-bar y sacó dos vasos y una botella.

—¿Le apetece, Rud?

—¿Me conoce?

Ella hizo un gesto burlón.

—¡Y quién no...! Aparte de que cuando usted y su «pareja» entraban, yo salía hacia mi trabajo. Le reconocí entonces. ¿Qué, ha habido encerrona?

Rud se había acercado a la puerta y escuchaba,

—No tenga prisa en marcharse —dijo ella—. Aquí está seguro. No tengo amigos celosos. Ninguno vendrá a buscarme... ¿Toma un whisky?

Rud le hizo una seña para que callara. Siguió escuchando. En el pasillo se oyeron voces de hombre.

—Los policías se van enfadados —dijo Rud, como divertido—. Acepto el whisky... ¿Cómo se llama?

—Moy —contestó ella, con desgana.

Quedó ensimismada. Su expresión fue haciéndose por momentos más sombría.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Rud, sentándose muy cerca de ella, de frente.

Moy levantó la cara y le dirigió una mirada triste. La cordialidad que vio en los ojos de Rud la animó.

—Ya tiene usted bastantes problemas para cargar con los de otro.

—No se preocupe por eso. Mis espaldas saben aguantar...

En el compartimiento de Eda se oyeron voces coléricas. Era Leslie quien gritaba, amenazador:

Se oyó un golpe contra el tabique. Rud se levantó.

—Vea si resuelve ese problema —dijo Moy, con ironía.

—Por lo menos, puedo empeorarlo —contestó, dejando el vaso sobre una mesita.

Moy, con el vaso en la mano, fue acercándolo a los labios, sin volverse a mirar cómo Rud desaparecía por donde había entrado. Se limitó a decir:

—Lleve cuidado. Ese tipo no es lo que aparenta...

Se refería a Leslie. Rud, ya en el exterior, adelantó medio cuerpo al interior y contestó:

—Lo suponía, Moy. Pero de todas formas, gracias... Hasta luego.

En el compartimiento de Eda no eran solo voces coléricas.

Leslie, frenético, obligaba a Eda a recorrer la estancia, dándole golpes en la cabeza, ya que ella ocultaba la cara.

Leslie se había quitado las gafas, dejándolas sobre un mueble. De pronto, advirtió que muy cerca, detrás de él, había alguien.

Se volvió rápido y se encontró con Rud, quien había cogido las gafas y se las ponía, miraba en todas direcciones, siempre risueño, y se las quitaba, para dejarlas donde las había encontrado.

—Lo suponía. Los cristales no tienen nada de particular. Es estúpida su treta, Leslie. Las gafas no bastan para disimular su cara de bestia.

Leslie, alentando fieramente, fue acercándose a Rud.

De pronto, embistió.

Rud se hizo a un lado, sin despegar los pies. Leslie adivinó la maniobra y rectificó la dirección de la embestida.

Pero en una fracción de segundo, la posición de Rud había vuelto a cambiar. Quedó en la situación de principio, erguido. Leslie le embestía por su derecha.

Rud movió ese brazo, con el puño cerrado, y Leslie salió hacia atrás, rugiendo.

Dio contra el mueble y lo derribó, pero él se mantuvo en pie. Se quedó mirando a Rud, como queriendo fulminarlo.

—¿Usted defiende a esa perra? ¡Ella lo llevó al club para hacer tiempo...! ¡Aquí tenía que sorprenderlos el señor Malleson, dentro de una hora...!

—¿Y qué? —contestó Rud—. Eda decidió que hiciéramos «tiempo» aquí, y no en el club.

Ella permanecía erguida, el cabello revuelto, el rostro encendido por las bofetadas y por la ira.

—¡Rud...! ¡Es cierto...! —dijo Eda—. ¡Me propusieron traértelo aquí... para asustarte!

—¿Asustarme porque me encontraba con una mujer hermosa?

—¡Cal pensaba venir con el inspector! ¡Quería acusarte de no saber respetar la hospitalidad...! ¡Pero yo te hubiera avisado a tiempo, Rud! ¡Créeme!

Leslie le miraba con odio y celos.

—¡Maldita pécora! ¡Esta va a ser tu última juerga...! ¿Te ha gustado este muñeco? ¡Mira cómo lo aplasto...!

Creyó desprevenido a Rud. Saltó, llevando en la izquierda un cuchillo. La mano casi lo ocultaba.

Pero el acero brilló. Rud levantó el pie, cuando Leslie se encontraba muy cerca. Dio en la muñeca y el cuchillo saltó al aire.

—¡Ahora, bicho cobarde...! —rechinó Rud.

Leslie empezó a girar, recorriendo la habitación, tal como antes hizo Eda. Los ojos de la mujer reflejaban una desaforada excitación.

—¡Destrózalo, Rud! —gritó, como embriagada.

Leslie cayó fulminado por un golpe de «karate». Rud se inclinó. Comprobó que el golpe no había sido mortal y se levantó.

—No sé si he hecho bien en intervenir... —empezó Rud, ya situado en el espejo, para arreglarse la corbata y el cabello.

Por el espejo lo vio y en dos saltos llegó a Eda. Ella empuñaba una pistola que había sacado de un mueble bar y apuntaba a la cabeza de Leslie.

—¡He de matarlo! —gritó Eda, al sentirse empujada por Rud—. ¡Y a ti, si te pones por delante...!

—Esto no me gusta —contestó Rud, dándole un golpe en el mentón.

Eda se desplomó, quedando muy cerca de donde estaba Leslie.

—¡Abran! —gritaron desde fuera.

Rud reconoció la voz del inspector Dowd. Borró las huellas de la pistola que había arrebatado a Eda y dejó el arma en un cajón del mueble-bar.

Abrió la puerta.

—Llegan tarde —dijo Rud, mirando a Calvin Malleson—. La función ha terminado.

El inspector miraba atónito los dos cuerpos tendidos. Las piernas de Eda quedaban al descubierto.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, mirando a Rud.

—Pues, en realidad, no podría puntualizar... Parece que él le atizaba a ella. Y ella, a él...

—¡Y usted actuando de árbitro! —rezongó el inspector.

Calvin Malleson se había situado un poco atrás del federal, con el rostro lleno de sudor, desencajado.

—Yo no estaba aquí cuando empezó —contestó Rud.

—¡Miente! —prorrumpió Malleson.

Rud fue hacia él.

—Yo no estaba aquí cuando empezaron a atizarse —recalcó Rud.

El inspector le tocó en la espalda y dijo, con sorna:

—¡Vamos, Rud, invente algo mejor!

—¡Vengan! —contestó Rud, invitándolos a salir.

No tuvieron más remedio que hacerlo, porque Rud salió al corredor. Había mucha gente a la expectativa,

Rud llamó en la puerta contigua a la de Eda.

—¿Quién? —preguntaron desde dentro.

—Abre, Moy. Soy Rud.

El inspector miró a Malleson, parpadeando.

—¡Ya trata con las vecinas!

La puerta se abrió. La cantante ya se había quitado el traje de calle y llevaba una bata muy ligera.

—Dile a estos señores a quién pertenece aquel vaso —pidió Rud con su mejor sonrisa.

Señalaba el vaso que dejó a medio vaciar. Moy contestó:

—A ti, Rud.

—¿Por qué lo dejé a medio terminar?

—Porque ahí al lado golpeaban a una mujer...

Calvin Malleson miró amenazador a la cantante.

—¡Todo esto es una farsa...! —gritó—. ¡En cuanto a ti, Moy...!

—No se moleste en amenazarme. Ya no tiene efecto. Esta noche me han anunciado que no renovarán mi contrato en el club.

Para Rud fue muy grato saber que Malleson iba ligado al «problema» de aquella bonita mujer, prematuramente envejecida.

Pero no hizo ningún comentario. Colocándose de cara al inspector, preguntó:

—¿Se explica usted que un hombre tenga empeño en traerme a su casa, para luego buscar pretextos con que «asustarme»?

El inspector movió la cabeza y dijo:

—A cualquier cosa recurriría yo para echarlo de mi casa, menos a infundirle miedo. Ya me he dado cuenta de que usted tiene la tendencia del cabezota que embiste contra el muro diciendo: «No lo tiraré, pero por lo menos, lo dejaré señalado».

En la otra habitación, Eda fue la primera en levantarse. Al ver la puerta abierta, creyó que Rud había escapado, dejándola sola con Leslie y salió al corredor, horrorizada.

Al ver al federal, soltó un respiro.

—¡Inspector! ¡Encárguese del trasto que hay ahí dentro!

Leslie ya estaba recobrándose cuando entró el federal.

—Se han despachado a gusto, ¿eh? —preguntó el inspector.

Eda hablaba muy bajo con Malleson.

—¡Eres un crédulo, Cal! ¡Les está celoso de ti y de todos! ¡Él ha estropeado...!

—¡Cállate! —cortó Malleson, al darse cuenta de que Rud los miraba con gesto risueño.

Moy permanecía recostada contra el marco de la puerta de su apartamento, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Si es solo el haber quedado sin trabajo lo que te preocupa, sonríe —le dijo Rud—. Eres lo suficiente bonita para que los clientes no se fijen en si tienes voz...

—¡Es que tengo voz! —contestó Moy—. Pero en el club para el que he estado trabajando, la voz no cuenta...

—Tendrás trabajo. En San Francisco, en Los Ángeles, ya veremos.

—¡Oh, si fuera verdad! —exclamó, ilusionada.

—Ya hablaremos. Enciérrate y no abras a nadie. Y mejor si cambias de alojamiento. Quedas demasiado cerca de la «pantera». Si decides marcharte, deja la dirección en conserjería, si es que te merecen confianza. Yo también puede que me busque alojamiento.

Moy se retiró a su habitación y desde dentro le hizo señas a Rud para que aguardara. Del cajón de una mesita sacó una tarjeta y se la mostró.

Rud se situó en la puerta, después de mirar a la entrada del compartimiento de Eda.

—En este hotel son gente de confianza —dijo Moy—. Yo me iré ahí. Si quieres que te reserven habitación...

—Pues no estará de más. Me parece que Malleson no va a quererme en su casa después de este jaleo. Pero primero tendrá que decírmelo claramente.

—Si acudes a ese hotel... quizá te presente a alguien que conoce bien a Malleson y a Leslie. Y también a Eda.

Esto lo dijo muy bajo. Rud, situado en la puerta, movió la cabeza, asintiendo.

Al apartarse, Moy cerró la puerta pasando el pestillo.

En la habitación de Eda parecía que estaba renaciendo la concordia. Malleson, dirigiéndose al inspector, dijo:

—Todo ha sido un malentendido. El mismo afán de salvaguardar todo lo que a mí puede afectarme, ha inducido a Les a dar este paso. Resulta que Eda estaba sola cuando Les llegó.

El inspector lo escuchaba con cara de exagerada sorpresa.

—¡Mire usted por donde, señor Malleson, estuvimos a punto de hacer el ridículo! Porque usted también estaba inquieto.

—Ya le digo por qué. Les me telefoneó. ¿No es así? —y miraba a Leslie, quien ya se había puesto las gafas.

—Así es. Todo se debe a lo que usted ha dicho: a mí por evitarle perjuicios, señor Malleson.

Calvin Malleson fue adonde estaba Eda.

—¡Vamos, sonríe! —intentó acariciarle la barbilla.

Pero ella se apartó bruscamente. Al encontrarse con la sonrisa de Rud, quien permanecía en la puerta, apoyado contra una jamba, los ojos negros de Eda echaron fuego.

—¿Por qué no se van todos? —preguntó, ronca por la ira.

—Tiene usted razón —aprobó el inspector—. Aquí sobramos.

En el pasillo la gente iba retirándose.

El inspector esperó a que salieran los tres hombres. Rud fue el primero en llegar al ascensor. Allí, una vez reunidos los cuatro, preguntó:

—¿Sigo siendo su «huésped», Malleson?

—¿Cómo no, Rud? Ni el doctor ni mi hijo perdonarían que yo dejara que se separara de nosotros.

—Luego, si no fuera por ellos, a usted le importaría un bledo que yo me marchara.

—No lo tome al pie de la letra, Rud. Lo que yo he querido decir...

—Lo he entendido muy bien, Malleson —dijo Rud—. Y creo que también el inspector.

El federal se limitó a parpadear.

Entraron en el ascensor. Leslie no hacía más que tocarse las gafas. Cada vez que Rud le miraba, el rostro de Leslie se contraía y las venas se le hinchaban.

En la calle, Leslie se separó del grupo.

—A las diez iré a verle, señor Malleson.

—De acuerdo.

A un mismo coche subieron el inspector, Malleson y Rud. El federal se puso al volante.

Al arrancar, preguntó Rud:

—¿Su hijo queda bien custodiado?

—Según nuestro punto de vista —contestó Malleson, con un matiz irónico—, queda bien guardado. Todas las noches, mi agente hace guardia frente a la habitación de Rich. Ahora bien, desde el punto de vista de mi hijo, nuestras medidas de seguridad son pura filfa. Solamente usted puede salvaguardarlo de todo peligro... Claro que el inocente ignora que usted ha salido a recorrer la ciudad de noche...

—Fue idea de ustedes. ¿O ya no se acuerda?

—¡Pero si está bien, Rud! Solo apunto el desengaño que se llevaría Rich si supiera que usted lo ha abandonado.

—A lo mejor se equivoca, Malleson. Mañana haremos la prueba.

—¿Cómo?

—Yo mismo le diré a su hijo que salí.

—¡No se atreverá! —contestó Malleson, echándolo a broma.

Llegaron a la finca. Antes de detenerse, el inspector ya había dado la consigna, con guiños de los faros.

Dos agentes aparecieron en la puerta del jardín.

—¿Alguna novedad? —preguntó el inspector.

—Ninguna —contestó un agente.

El coche cruzó el jardín y se detuvo junto a la escalinata.

—¿Qué novedades podían haber? —comentó Malleson—. Apenas hace media hora que salimos.

En el momento de bajar, Rud tocó en un brazo al inspector.

—¿Le envío al agente?

—¿Por qué?

—Para que Rich se convenza de que, verdaderamente, lo «amparo».

—Haga lo que le parezca.

—Se lo enviaré.

Ya dentro de la casa, Malleson dijo:

—Siento mucho este incidente... ¿Olvidado? —y le tendió una mano.

—No tiene importancia —contestó Rud, estrechándosela.

—Yo voy a trabajar un rato. Me quedaré aquí abajo. Buenas noches, Rud.

Se metió en el despacho. Rud emprendió la escalera. Al entrar en el corredor donde estaba su habitación, contigua a la de Rich, no vio al agente.

Abrió la puerta y permaneció quieto, mirando al hombre que había tendido en el lecho, amordazado.

Era el agente. Sobre el pecho tenía una nota.

Rud entró y cerró la puerta. Procedió a quitarle la mordaza.

—Procure hablar bajo —aconsejó Rud, mientras lo desataba.

—¡Nada puedo decir! —contestó el agente, rugiendo de ira—. Estaba de pie en medio del pasillo, leyendo el periódico. Alguien debió acercarse con mucho sigilo... No me di cuenta de nada. Ni siquiera del golpe en la cabeza. ¡Cuando me desperté, es cuando me

dolía...!

Rud reparó en la llave que había sobre la mesita de noche. El agente siguió con la mirada a Rud. Al ver la llave se tanteó los bolsillos.

—¡Es la del pequeño...!

—¡Hable bajo! —dijo Rud.

Cogió la llave y salió, para abrir la habitación de Rich.

Encontró al chiquillo durmiendo. Rud no salió al corredor. Cerró, pasando el pestillo y por la puerta de paso regresó a la habitación donde aguardaba el agente aterrorizado por si el niño había desaparecido.

—No se preocupe. No ha sido más que una broma —comentó Rud, después de leer la nota.

«Como verás, detective «listo», nos desenvolvemos ante las mismas narices de la policía. Aconseja a Malleson que pague el rescate. Ahora es el doble por recurrir a un hombre tan astuto como «Sonrisa de Niño»...

—¡Vaya broma! —rezongó el agente, después de leer el papel.

—Aún puede ser mejor, si usted se compromete a guardar silencio —dijo Rud—. Solamente debe decírselo al inspector, cuando nadie más pueda oírle. Y añada que yo deseo hablar con él, mañana. Que busque el inspector un pretexto para que podamos conversar aparte.

El agente, al saber que el niño estaba a salvo y que Rud tomaba a broma la burla que le dirigía quien preparó el golpe, fue animándose. Y prometió:

—Haré todo lo que usted me pide. Nadie más que el inspector lo sabrá.

Momentos después, cuando el agente llegó a la planta baja, se encontró con la mirada inquisitiva de Malleson.

—¿Es que se va?

—Ah, sí —contestó el policía, fingiendo despreocupación. Con esto obedecía las instrucciones de Rud.

El agente creyó sentir en la nuca la mirada de Malleson. Cuando

llegó a la puerta de la terraza, se volvió disimuladamente y vio a Malleson subir precipitadamente la escalera.

El corredor permanecía ahora en penumbra. Rud había apagado la luz del centro.

Desde su habitación, oyó que hurgaban en la cerradura de la puerta que correspondía al cuarto del niño. Abrió con mucha cautela. Reconoció al que estaba tratando de abrir, pero eso no impidió que Rud se lanzara sobre él.

Cuando Malleson dijo:

—¡Soy yo!

Un puño de Rud ya le había alcanzado en las mandíbulas. Malleson tropezó contra el tabique y cayó pesadamente, quedando sentado.

Empezaron a aparecer por un extremo del corredor los criados, a medio vestir.

—¿Qué sucede? —preguntó el que parecía el mayordomo.

—Nada —contestó Rud. Y mirando a Malleson—: No debió intentar abrir la puerta sin avisarme.

El chiquillo, en pijama, había pasado a la habitación de Rud y ahora permanecía en la puerta, mirando la escena. Un criado había encendido la luz del centro.

Calvin Malleson seguía sentado, tratando de disimular la ira que sentía.

—Hay que reconocer... que es usted cuidadoso, Rud. Pero yo no podía pensar que para ver a mi hijo tuviera que pedirle permiso a nadie.

—Si me quedo de guardia, toda la responsabilidad es mía. Quiero, también, todos los derechos. Ahí tiene a Rich. ¿Qué tal has dormido?

El niño movió la cabeza, asintiendo.

—¿Hace mucho que me he acostado? —preguntó.

Malleson se incorporó. La pregunta de su hijo no podía ser mejor prueba de que había dormido profundamente.

Rud se colocó al lado del chiquillo.

—Es un poco más de medianoche. Vuelve a la cama.

—Sí —contestó Rich, volviéndose para retirarse.

—¿No me das un beso? —rezongó Malleson.

El niño se volvió de mala gana. En vano trató de disimular.

—Sí, papá.

Malleson no lo besó. Nada más se inclinó. Rud se dio cuenta de que no lo besaba.

—Buenas noches —dijo Rud, saludando a todos.

Y cerró la puerta. El chiquillo permanecía en la puerta de paso. Cuando Rud hubo pasado el pestillo, se quedó mirando al pequeño.

Rich levantó una mano indicándole que se acercara. Cuando Rud estuvo a su lado, el pequeño tiró de su ropa, para que se agachara.

Rud creía que iba a besarlo en la mejilla. Pero lo que hizo Rich fue susurrarle a un oído:

—Quiero decirle... cosas que ocurrieron... cuando nos cogieron a mamá y a mí.

Rud advirtió que el niño temblaba. Hizo un movimiento de cabeza, afirmando, y señaló la puerta.

Y cerró la puerta. El chiquillo permanecía en la puerta de paso. Cuando Rud hubo pasado el pestillo, se quedó mirando al pequeño.

—Luego —dijo Rud, muy bajo. Y hablando alto—: Quedamos en que todavía tienes mucho sueño.

El chiquillo comprendió que era para disimular ante los que pudieran estar escuchando, y contestó:

—¡Sí, Rud!

Pasó a la otra habitación. Momentos después se extinguía la luz en la habitación del artista.

El pasillo estaba ya oscuro. No obstante, Rud dejó transcurrir algún tiempo.

Cuando lo consideró prudente, pasó descalzo a la habitación de Rich. El chiquillo le estaba aguardando, sentado en el lecho.

Rud se acomodó en una silla, muy cerca del niño.

—Habla muy bajo —indicó.

Rich tardó en contestar. Rud alargó una mano y le tocó la cara. El pequeño estaba llorando.

—¡Vamos! ¿A qué vienen ahora esos lloros?

—¡Esta tarde... pensé... que usted estaba con papá y los otros!

—¿Y ahora ya tienes confianza en mí?

—¡Sí! —el chiquillo dejó de llorar—. Usted... se ha atrevido a

pegarle... a papá.

—Ha sido una equivocación. ¿Cómo iba yo a pegarle a tu padre? ¿Es que te alegras de que haya ocurrido?

—¡Sí...! ¡Mamá dijo... que era un cobarde...! ¡Y un malvado!

—No debiste espiar para oír lo que dicen los mayores.

—¡Me lo dijo a mí...! Ella sabía que la iban a traer a casa... para matarla...

Rud le tocó la frente, mientras hacía sonar apagadamente su risa.

—No es conveniente tener demasiada imaginación, Rich. Tú eras muy pequeño cuando te llevaron.

—Ocho años tenía... Y mamá me dijo: «Ya eres un hombre. A ver si sabes disimular... hasta que llegue el momento. Tú debes salvarte. Si disimulas, lo conseguirás. Piensa que tú solamente podrás vengarme...»

El pequeño hablaba pausadamente. Nunca le pareció a Rud más sereno. Daba el efecto de que el niño había crecido de pronto, convirtiéndose en un hombre, por el hecho de haber recordado lo que le dijo su madre.

—¿Cuándo, en qué momento te habló así? —preguntó Rud.

—Faltando muy pocos minutos para que la separaran de mí. Ya no volví a verla...

Rud le tapó la boca con la mano, para que guardara silencio. Se acercó a la puerta y estuvo escuchando.

Transcurrieron varios minutos de total silencio. De pronto, le pareció que en un extremo del corredor sonaban cautelosas pisadas, alejándose...

—No sé si se han dado cuenta de que estamos hablando —dijo Rud—. Tú no te preocupes. A partir de este momento, no te separarás de mí, hasta que el peligro haya pasado. Continúa.

Con la misma serenidad de antes, Rich prosiguió el relato:

CAPÍTULO VI

MIENTRAS el inspector Dowd cogía en el aire el balón que acababa de lanzarle Rud, soltaba una exclamación de estupor. Luego, cuando le tiró el balón a Rich, preguntó:

—¿Y qué pretende con eso?

—Salir de aquí por unas horas —contestó Rud.

—¿Con el niño?

Ahora era Rich quien lanzaba a Rud el balón.

—No podemos confiarlo a los criados, usted lo sabe.

Lo ocurrido al agente la noche anterior tenía al federal fuera de sí.

—¡Si yo me lo propongo, saltará el culpable! —por poco el balón le da en las narices, por no prestar atención al juego.

—No se precipite... ¿No me pidió que colaborásemos?

La pelota pasó varias veces de un punto a otro. El inspector dijo:

—Sé que no hablará usted hasta que le convenga.

—Hasta que tenga pruebas irrefutables, inspector. Es demasiado tremendo lo que supongo.

Parecía en realidad que estaban jugando. Desde cualquier ventana de la casa podían verlos.

Leslie y Malleson se hallaban en el despacho. El chiquillo, siguiendo las instrucciones de Rud, simulaba estar divirtiéndose. Pero permanecía atento a todo lo que decían Rud y el inspector.

—Solo pido que me conceda la iniciativa hasta mañana por la noche. Yo creo que no es pedir mucho. Ustedes están en este asunto bastante tiempo —dijo Rud.

—¿Cree que me he limitado a vigilar la casa? —replicó el inspector, con aire burlón—. La policía local me ha cedido unos hombres para crear una especie de máscara. Aparentemente, solo

nos ocupamos de los que entran y salen, pero vigilamos más lejos.

—Lo suponía, inspector.

El balón seguía pasando de uno a otro.

—Usted gana —dijo el federal—. Hasta mañana por la noche, tiene usted la iniciativa.

—Vamos a hablar con Malleson.

Desde el despacho habían estado observándolos. Al ver que se acercaban a la casa, Malleson dijo a Leslie:

—Vamos a hacer como que trabajamos.

Leslie tenía hinchado un lado de la cara. Y cada vez que movía la cabeza, sentía un fuerte dolor en el hombro izquierdo.

—¡Prométame, Malleson, que ese individuo queda para mí!

Malleson no pudo reprimir un gesto de burla.

—¿Y no te arrepentirás? Parece que Rud es algo más que un mito del celuloide.

Leslie contrajo el rostro.

—¿Le complace, Malleson? —su tonó tenía un matiz amenazador.

—No he dicho tal cosa. Simplemente que es astuto.

Malleson no aludía la prisa que Leslie se dio per acudir al apartamento de Eda, la noche anterior. Estaba temiendo que de un momento a otro se lo planteara.

Pero Malleson parecía haberlo olvidado.

Cuando llamaron a la puerta del despacho, los dos se apresuraron a sentarse a la mesa escritorio.

—Adelante —autorizó Malleson.

—Sentimos interrumpirles en su trabajo —dijo Rud—. Es solo unos instantes. Su hijo se ha ofrecido para enseñarme la ciudad. Hemos planeado pasar el día en la ciudad y sus alrededores. Como su hijo es aficionado a las cosas históricas, tendré un buen guía.

Era cierto que Rich tenía la tendencia de abstraerse leyendo Historia.

—¿Le parece bien? —preguntó el inspector—. Yo iré con ellos. Rich sabe mucho del viejo Boston. Da gusto oírle.

Cogieron a los dos por sorpresa. Malleson y Leslie se miraron. Este, cada vez que la mirada de Rud resbalaba por su cara y se detenía en las gafas, sentía un acceso de cólera.

—Pero sacar de aquí a mi hijo... puede ser peligroso —balbució Malleson.

—No tan peligroso como quedarse —contestó Rud—. Usted sabe muy bien qué clase de «seguridades» tiene esta casa.

Y se quedó mirándolo al centro de los ojos. Era una alusión a lo ocurrido la noche anterior con el agente.

—Voy con ellos —repitió el inspector.

Malleson miró a Rich.

—¿Te gusta esa excursión?

—Sí, papá. Ya sabes que siempre que tengo ocasión visito la parte vieja.

—¡Sí, lo sé! —contestó Malleson irónico—. ¡El pasado! ¿De qué sirve mirarlo? ¡Siempre se debe mirar al futuro...! Bien, que se diviertan.

—Almorzaremos en la ciudad —contestó Rud.

Salieron en el coche del inspector. Cuando el vehículo pasó la puerta del jardín, Malleson cogió el teléfono y se dispuso a marcar un número.

Pero, de pronto, lo apartó, con gesto de alarma,

—¿Qué ocurre? —preguntó Leslie.

Malleson fue contrayendo el rostro, en un gesto sardónico.

—¡El teléfono puede estar intervenido!

Leslie; lo miró perplejo.

—¿Acaso supone usted que sospechan de nosotros?

Malleson no contestó. Permaneció pensativo unos instantes,

—Sería demasiado sospechoso que fueras tú a la ciudad. Llama a Dervick. Tiene que ir él...

Momentos después aparecía el individuo que tenía aspecto de mayordomo.

—Desde un bar telefonearás a los muchachos para que no me pierdan de vista a los que han salido, incluyendo a mi hijo.

—Sí, señor Malleson —contestó Dervick.

En el despacho, su aire de mayordomo, tieso e impasible, había desaparecido. Ahora había algo rudo en sus ademanes y forma de gesticular.

En el momento de salir, preguntó:

—¿Nada han dicho todavía de lo de anoche?

Se refería al agente que fue amordazado.

—¡Nada todavía! —rugió Malleson—. Y eso es lo que me escama.

Ahora Dervick tenía todas las trazas de un avezado pistolero.

—Tendrán miedo a las burlas —comentó.

Apenas salió del despacho, Leslie preguntó, intrigado:

—¿Qué ocurrió anoche?

Entre lo sucedido estaba el golpe que Rud le atizó a las mandíbulas. Alentando aceleradamente por la cólera, se acarició el dolorido mentón y contestó:

—¡Nada de particular!

* * *

Hubo momentos en que Rud llegó a olvidarse que en aquella excursión existía algo más que contemplar puntos que habían tenido una intervención decisiva para lo que en la actualidad eran los Estados Unidos.

Subieron por una empinada escalera al campanario del Old North Church, el templo más antiguo de la ciudad. Rud evocaba los días en que se fermentó la rebelión contra la corona de Inglaterra.

Desde ese campanario se anunció con una linterna la proximidad del enemigo.

Bajaron a la parte vieja, donde estaban antes los muelles. Y visitaron el lugar donde los revolucionarios solían reunirse, el Faneuil Hall.

El histórico cargamento de té que fue arrojado al mar desde el muelle de Griffin, y que constituyó la chispa que arrancó la colonia hacia la independencia, revivió por unos momentos en la imaginación de Rud.

Rich explicaba todo con tanto detalle, que el inspector permanecía pendiente del chiquillo.

—Hay talento en esa cabeza rubia —dijo el federal, un momento en que quedó aparte con Rud.

—Hay mucho carácter en ese crío —contestó Rud—. Cuando sepa lo que Rich ha tenido que hacer durante estos últimos años...

El inspector, disimulando su interés, preguntó:

—¿Qué ha hecho? —lo decía con tono de indiferencia.

—Prometí al chiquillo no decírselo a nadie, hasta que llegara el momento.

El inspector apretó los dientes para impedir que saliera una maldición. Y con una suavidad que anunciaba tormenta interior, inquirió:

—¿Aún no es el momento para decírselo siquiera a un inspector federal?

—¿Es mucho aguardar hasta mañana por la noche? —contestó Rud.

En uno de los bares de la parte antigua, Rud hizo una llamada por teléfono.

—¿Es que tiene relaciones aquí? —preguntó el federal.

—Voy haciéndolas.

Para almorzar, eligieron un restaurante que tenía un gran ambiente marino. Desde él se dominaba el puerto, lleno de barcas y remolcadores, y nubes de gaviotas simulando papeles al viento.

—Deseamos un reservado —dijo Rud al maître.

El inspector hizo un gesto de extrañeza, pero se calló. Momentos después, ya acomodados en un pequeño departamento desde el que se veía el puerto, dijo Rud:

—Ahí al lado me espera «alguien». Si tardo en regresar más de un cuarto de hora, empiecen el almuerzo sin mí —y miró al chiquillo, por ver si cumplía su promesa de aceptar con serenidad todo lo que él hiciera. Rich sonrió.

El inspector evitó mirar a Rud, porque estaba seguro de que si se encontraba con los ojos burlones del artista, estallaría.

—Bien, pequeño, ve contándome cosas históricas —rechinó el federal.

Rud dio tres veces con los nudillos en la puerta del reservado contigo. Después, dos.

La puerta se abrió y apareció un hombre de unos cuarenta años, delgado, de cara triste. Sonrió al ver a Rud.

—Pase... Le he visto llegar con el inspector y el niño.

—¿Ha advertido si nos seguían?

—Eso estoy mirando ahora. Acérquese.

Se situaron a un lado del ventanal y señaló a un punto del exterior.

—Hace unos momentos ese hombre no estaba ahí.

Se refería a un individuo que se hallaba junto a un quiosco de periódicos. Hacía como que miraba las portadas de las revistas, pero de vez en cuando volvía la cabeza para mirar la entrada del restaurante.

—No importa —dijo Rud—. ¿Quiere identificarse?

El otro movió la cabeza asintiendo.

—Usted no es necesario que lo haga, señor Leak —dijo el hombre, esbozando una sonrisa—. Todo el mundo le conoce...

—Lo que muchas veces constituye una gran pega.

—Me llamo Hugh Schay. Pero esto no basta...

—No. Comprenda que debo tomar toda clase de seguridades. Quiero saber si, efectivamente, ha hablado con la mujer que me interesa...

—Con Moy. Es seguro que habló con ella por teléfono. Y ella ha aceptado lo que usted le ha mandado, de no salir de su habitación en el hotel. Pero Moy quería acompañarme.

—Hubiera sido un error, ya que nos siguen. ¿Usted es conocido?

—Como amigo de Moy, no. Apenas hace unos días que estoy en la ciudad. De Moy soy amigo desde que ella empezó en los clubs...

Rud no se descuidaba.

—Antes de seguir adelante, deme la consigna. Yo le pedí a la mujer que estaba al aparato que el hombre que viniera al sitio se identificara repitiendo lo que le dije a Moy para animarla. Nombré dos ciudades.

—San Francisco.

—Otra.

—Los Ángeles.

Rud le pasó una mano sobre un hombro.

—Bien. ¿Nos sentamos?

Momentos después, ya los dos fumando, Hugh Schay dijo:

—Conocí a Malleson cuando todavía se llamaba «Den Schack». Yo fui corredor de apuestas.

—Malleson parece que está relacionado con las carreras.

Schay hizo una mueca.

—Algo más que relacionado... Ya en Miami recelé que era quien dirigía una organización de apuestas clandestinas.

—¿Qué le hizo sospechar?

—Usted ya ha visto a Malleson. Su apariencia no puede ser más inofensiva y vulgar. Un amigo mío, también corredor de apuestas, hacía tiempo que hurgaba para averiguar quién era el misterioso «jefe» cuyas órdenes todos acataban con gran temor. Me dejó entrever lo que investigaba. «Lleva cuidado», le aconsejé. Esto se lo dije a media tarde...

Se quedó mirando el cigarrillo.

—Al día siguiente apareció en la playa, apuñalado... Por suerte para mí, nadie pareció reparar en que Feld y yo éramos amigos. Así pude seguir en Miami algún tiempo. Dejé las apuestas y me empleé en un club nocturno que Malleson solía frecuentar todas las noches. Allí fue donde las sospechas del malogrado Feld prendieron en mí. Malleson cambiaba casi todas las noches de contertulios. A algunos yo los conocía de otros hipódromos.

Siguió hablando, a veces repitiendo lo que ya había dicho. Parecía aturdido.

—Conocí a la esposa de Malleson. Fue en el club donde yo trabajaba. Era una mujer muy hermosa. La acompañaba su marido y creo que ella fue al club obligada por él. Un momento que me acerqué para atenderles, pude oír: «¡A nadie le importa que nos odiamos! ¡Sonríe!» Era una amenaza más que una orden.

Rud le miró fijamente.

—¿Está seguro de que Malleson dijo eso?

—¿Que se odiaban? ¡Segurísimo...! Noches más tarde, la víspera del secuestro de madre e hijo, el matrimonio volvió a aparecer en el club. Aquella noche había una gran fiesta en honor de unos personajes políticos. Malleson presentó a su mujer a algunos personajes y por dos veces le oí decir lo mismo, a distintas personas: ¡Soy el hombre más feliz de la tierra! ¡Ser querido por una mujer como mi esposa es una gran suerte!» Ella reía. Tal vez demasiado... Yo, mientras trabajaba, no la perdía de vista. Ya muy tarde les oí decir: «¡No puedo más!» «¡Tienes que aguantar hasta que yo diga de irnos!», contestó Malleson. Y le aseguro que en aquellos momentos, el tono de Malleson distaba mucho de corresponder al de un hombre «feliz» con su esposa.

Se interrumpió para observar a Rud.

—¿Le sirve lo que le digo? —preguntó Schay.

—Mucho. Ahora hábleme de Eda y de Leslie. Moy me dio a entender que los conocía.

—Sí. Eda empezó a brillar en Miami unas semanas antes de que se produjera la muerte de la mujer de Malleson. A las horas en que más gente había en la playa, aparecía ella, casi desnuda. Todos vivían pendientes de Eda. Pronto corrió el rumor de que era inaccesible incluso para los millonarios. Al poco, uno de los camareros del club donde yo estaba empleado dijo que un compañero que trabajaba en otro establecimiento, había servido la cena en un reservado donde se encontraban Malleson... mejor dicho, «Den Schack» y Eda. Entonces pensé que no era tan difícil, si había mucho dinero por medio. Me equivoqué. Más tarde he sabido cosas de Eda. Es ambiciosa. Capaz de todo por llegar a la meta que se ha señalado. Ha pasado por encima de verdaderas fortunas sin detenerse.

—¿Y cuál cree que es su objetivo? ¿Casarse con Malleson?

—No creo que sea solamente por su dinero. Quizá desea arrebatarle algo más que su fortuna.

—El mando —dijo Rud.

—Hugh Schay asintió, agregando:

—Creo que él sigue siendo el «jefe» ignorado por sus subordinados. La organización de apuestas va seguramente ligada a otros negocios muy sucios: timbas clandestinas, cadenas de burdeles...

Al decir esto último la expresión de Schay se hizo más sombría.

—También debe manejar narcóticos... ¿Sabe qué edad tiene Moy? Apenas ha cumplido los veintidós años. Ella no me ha dicho todavía a qué bajezas la han obligado en los clubs donde ha estado trabajando, pero es fácil de suponer. Moy está medio acabada, más que nada, por el desaliento. Lo que a ella le preocupa es el miedo a algún «accidente» en el lugar y en el sitio donde menos lo espere. Ha ocurrido con otras... que también han envejecido prematuramente. Las han despedido. Pero, al escapar de la cadena, han encontrado la muerte.

—Hábleme de Leslie —pidió Rud, procurando no demostrar que

todo lo que había oído le tenía muy afectado.

—Parece que Eda hubo un tiempo en que se fijó en él. Pero eso debió terminar enseguida. Quizá Eda lo utilizó para encontrar más facilidades en la casa de Malleson. ¿Sabe que Leslie es el guardaespaldas de Malleson?

—Aquí se comporta como un hombre de despacho...

—¡No se fíe! Moy sabe cómo es ese salvaje. Algunas noches después de cerrar el club, Leslie y otros individuos organizan orgías espantosas en que han salido a relucir las pistolas, para hacer alardes de puntería. Y Leslie siempre ha sido el más «rápido» y el que más veces ha dado en el blanco.

Rud consultó el reloj.

—Volveremos a hablar, Schay... Lo más urgente ahora es que usted no descuide la protección de Moy. Ya me pondré en contacto con usted. ¿Podrá salir sin que los que estén vigilándonos sospechen?

—Sí. En Boston no soy muy conocido.

Ya despidiéndose, preguntó Rud:

—¿Cuándo se instaló Moy en el hotel?

—De madrugada. Ella está segura de que nadie del edificio en que tenía el compartimiento advirtió su marcha.

Momentos después, Rud entraba en el reservado, diciendo:

—¿Llego a tiempo?

Entonces se puso a prueba una vez más la facultad que tenía para encajar sorpresas. Sonriendo avanzó hacia los inesperados comensales.

—¿Qué tal el viaje?

Se dirigía a Yakina y al escritor Hasson.

CAPÍTULO VII

—NO tiene ningún mérito que hayamos dado contigo —explicó Hasson, después de los saludos—. En toda la ciudad no se habla más que de ti... y de lo ocurrido anoche en el apartamento de cierta mujer.

Yakina estaba entonces hablando con el niño y el inspector. El camarero había preparado cinco cubiertos.

—Hemos venido porque nos dieron el alerta por teléfono —siguió Hasson, sin hacer caso del gesto de disgusto que Rud había hecho al saber que toda la ciudad se ocupaba del incidente de la noche anterior en el apartamento de Eda.

Hasson explicó lo de las llamadas a la pensión y a la villa de Yakina.

—Decidimos venir. Parece que tú estorbas a «alguien» al meterte en casa del señor Malleson —concluyó el escritor,

Yakina procuraba mantenerse tranquila, alegre. El chiquillo no hacía más que mirarla.

—Eres muy guapo —le dijo Yakina, acariciándole una mejilla.

A Rud solo le miró al saludarle. Empezaron el almuerzo. Cada vez que entraba el camarero, los que estaban en la mesa tenían la impresión de que se le iba a caer la bandeja del servicio, tan embelesado estaba contemplando a Yakina.

—Habrás que pedir que nos sirva una camarera —dijo el inspector—. Este muchacho está alelado mirándola.

—¡No! ¡Que no venga ninguna camarera! —exclamó Hasson—. Sé, porque lo he visto, que las hay muy tontas —y de pasada miró a Rud, para recordarle que en la pensión cierta pizpireta se puso muy blanda.

Por momentos el chiquillo parecía tomar mayor confianza en Yakina. Algo instintivo le decía que aquella bella mujer tenía una

gran influencia en la vida de Rud.

—¿Se quedarán con nosotros? Nuestra casa es grande —ofreció Rich.

—Nos hemos instalado en un hotel —contestó cariñosamente Yakina.

—Pero os quedaréis donde Rich y yo pasaremos la noche —dijo Rud.

Yakina ya había iniciado un gesto de protesta, cuando el inspector manifestó:

—Es lo más prudente. Podrían ejercer represalias sobre ustedes.

Cuando un rato después pasaron por el comedor general, todos los clientes quedaron suspensos, mirando a la célebre pareja.

—¿Qué, inspector? ¿Tenemos éxito? —preguntó Hasson.

El escritor y el policía iban detrás. Nadie los miraba. Delante de todos iba Rich. Daba unos pasos y se volvía, para mirar a Yakina y a Rud.

Sonriendo, como si estuviera hablando de cosas gratas, Rud dio una rápida referencia de lo que ocurría con el chiquillo.

—Ha sufrido mucho, Yakina. Ya que estás aquí, encárgate de él. Le hace falta algo más que el afecto de un hombre.

—Nunca te conoceré bastante, Rud... Cuando te lo propones, tienes delicadezas inesperadas.

El inspector había dejado el coche algo lejos. En el trayecto, Rud habló unos momentos aparte con el federal.

—La presencia de Yakina y Elmer va a precipitar los acontecimientos. Prepárese a oír algo de lo que presiento que va a ocurrir.

El inspector permaneció imperturbable mientras Rud le hablaba.

—¿Puede disponer de más agentes?

—Desde luego —contestó el federal.

Hasson, el chiquillo y Yakina se habían detenido junto al coche que Rich había indicado como del inspector.

En el momento en que se reunían los cinco, muy cerca se detuvo un lujoso coche. Rich ensombreció el rostro.

—Ese es mi papá —dijo a Yakina.

Calvin Malleson se acercó, con aire alegre.

—¡Los he encontrado! Vengo del hotel donde se han alojado la

señorita Elwes y el señor Hasson —dijo, haciendo una reverencia ante la artista—. Apenas me he enterado de que estaba usted en la ciudad, he salido de mi finca para rogarle que me haga el honor de ser mi invitada, como lo es Rud, y como debe serlo el señor Hasson...

—¿Cómo se ha enterado de que la señorita Elwes estaba aquí? —preguntó el inspector.

—¡Vaya! No solamente es célebre la cara de Rud —contestó, riendo—. ¿Ves, Rich, a esta hermosa señorita? Es el «ídolo» de millones de hombres.

—Es cierto —confirmó Hasson, dirigiéndose al chiquillo—. Pero gana Rud, porque parece ser que en el mundo hay más mujeres que hombres.

* * *

Media hora antes de la cena se presentó Eda, con un vestido de noche todavía más sugerente que el de la noche anterior. Malleson hizo las presentaciones.

Hasson parecía haberse asomado a una caldera en la que hubiera agua hirviendo. Estaba enervado por el sensualismo que se desprendía de aquella hembra. Y maquinalmente miró a Yakina.

La artista sonreía, muy segura de sí misma. También Eda se mostraba jovial.

—En muy pocas horas he tenido dos grandes satisfacciones. Ayer conocí a Rud. Ahora, a usted... A los dos los admiro mucho.

En esta cena sí tomó parte el inspector. Y Rich. Mientras cenaban, Rud le anunció al chiquillo:

—Anoche salí. ¿Y verdad que no ocurrió nada? Pues esta noche haré lo mismo. Quedarás a cargo del amigo Elmer y del inspector. No habrá más puerta que la de mi habitación. ¿Quedarás tranquilo?

Malleson espiaba a su hijo. Esperaba que se disgustara. Pero vio que asentía, sonriendo.

En dos coches salieron de la finca. Uno lo conducía Rud. A su lado iba Yakina.

En el otro estaban Malleson y Eda.

Fueron al club donde la noche anterior debían entrar Rud y Eda. Era uno de los más elegantes.

Yakina llevaba un vestido menos provocativo que Eda. La belleza de Yakina era más efectiva, más penetrante que la de Eda.

En la sala, apenas aparecer, todos se quedaron mirándoles. Todos los ojos, de hombre y mujer, se dedicaron a comparar ambas bellezas. Y todos se inclinaron por Yakina.

Esto parecía intuirlo Eda y dentro de ella se había encendido un infierno.

Apenas tomar unos sorbos de champaña, ya parecía tocada por la embriaguez. Con un brillo inusitado en los ojos, miró a Rud.

—Sáqueme a bailar.

—¡Cómo no! —contestó Rud, levantándose, sonriente.

Por unos segundos los ojos de Yakina parecieron perder el verde apacible que habían mantenido durante la cena. Malleson se dio cuenta.

Esperó a que la pareja se alejara.

—No lo tome a mal. Eda es así.

Yakina se volvió a mirarlo, con burlona extrañeza.

—¿Por qué iba yo a tomarlo mal? Rud y yo no somos más que amigos.

—¿De veras? —en su tono había mucho escepticismo—. Pues los periódicos...

—Publicidad —cortó Yakina, sin dejar de mirar a la pista de baile.

Ahora todas las miradas estaban fijas en Eda y Rud. Ella se estrechaba contra su pareja, pareciendo que lo devoraba con los ojos. Para los que les observaban, parecía que Eda estuviera diciéndole palabras apasionadas.

Sin embargo, nada decía relativo a la atracción que Rud pudiera ejercer sobre ella.

—¿A quién intentas humillar, a Malleson o a Yakina? —preguntó Rud, con gesto burlón.

—¡A todos! Esta es la noche de la gran partida... Conozco a Cal y sé que está dispuesto a presentarme cara. Está aterrorizado y me hará frente.

—¿Esta noche no te teme?

—Te teme más a ti. Él ya recelaba que su hijo se confiaría a su «héroe». Por eso maniobró para que no vinieras...

—Sin embargo, me escribió rogándome...

—Es la típica jugada de Cal: siempre dos caras.

—¿Quién envió tus fotos?

—Leslie, de acuerdo conmigo. Queríamos desesperar a Cal, que rugiera de celos.

Eda echó la cabeza atrás para reír, sin dejar de mirar a Rud con los ojos entornados.

—¡Y fue Leslie quien recibió el zarpazo de los celos! ¡Anoche le escupí lo que ocurrió entre tú y yo...! ¡Valía la pena verle rugir...!

Siguió riendo, como embriagada.

—Estás bailando con una mujer muerta —dijo Eda, en el momento en que Malleson, bailando con Yakina, se acercaba.

Tuvieron que interrumpir el baile.

—Tenemos que irnos —dijo Malleson, con entonación oscura—. Yakina se siente cansada...

Rud miró a Yakina, para agradecerle con los ojos su treta, pero la artista miró para otro sitio.

Regresaron a la mesa. La atención de todos seguía fija en ellos.

Tomaron unos sorbos de champaña y salieron. Al llegar a donde estaban los coches, preguntó Malleson:

—¿Sabrá usted el camino, Rud?

—Lo he recorrido varias veces.

—No olvide hacer la consigna con los faros, no vaya a confundirse la policía.

—Descuide.

—Yo dejaré a Eda en su apartamento.

Al quedar solos en el coche, Rud dijo:

—¿Fue idea tuya interrumpir la fiesta?

—Sí. Malleson me dio miedo. Dentro de esa apariencia pacífica hay una fiera. ¿Tenemos que ir a la villa?

—Eso quisiera Malleson. Nos estarán aguardando filas de pistoleros.

Maniobró, enfilando una callejuela y al poco salía de nuevo a la misma avenida.

—¿Adónde vamos?

—Adonde vaya Malleson. Confío en que será al apartamento de

Eda.

—¿Qué te decía mientras bailabas?

—No me hablaba de amor precisamente.

—De eso ya me he dado cuenta. Parecía anunciar la muerte.

—Allí está el coche de Malleson. Han ido al apartamento. ¿Te atreves?

—¿A qué?

—A subir conmigo. Tengo la llave del otro apartamento.

—Ya. El de esa Moy —ahora fue cuando asomó un poco de despecho.

—Es una buena muchacha.

Momentos después, Sud y Yakina se metían en uno de los ascensores. Cuando salieron encontraron el pasillo sin nadie. Rud fue a la puerta que correspondía a la habitación de Moy. Al pasar junto a la de Eda, oyó dentro ruido de muebles.

Introdujo la llave. Apenas abrir, hizo una seña a Yakina para que no se moviera. Adelantó una mano y, al tiempo que se disponía a agacharse, tocó el conmutador.

Al encenderse la luz, Rud ya había dado un salto, colocándose en el centro de la habitación. Giró rápido y descargó un golpe con la mano de canto.

Un hombre se desplomó, sin el menor quejido. Estaba a dos pasos de la puerta, para saltar sobre el que entraba.

Hizo seña a Yakina para que pasara y cerró la puerta, corriendo el pestillo. De la sobaquera del individuo sacó una pistola.

—No abrirás a nadie, como no sea al inspector —aconsejó Rud.

Ella le miró atónita.

—¿Qué vas a hacer?

—Primero maniatar a este sujeto —y lo hizo rápidamente—. No debiste fumar, amigo...

El individuo había abierto los ojos. Pero ya tenía la boca taponada. En el compartimiento de Moy estaba todo lo que pertenecía a la cantante. El individuo hacía horas que estaba esperando su aparición.

Rud, después de prestar atención a los ruidos que se oían en la habitación de Eda, se acercó a Yakina.

—¡Solamente al inspector debes abrirle!

Y antes de que ella pudiera defenderse, la cogió de los hombros y la besó en los labios. Cuando ella se disponía a replicar, Rud ya había desaparecido por la ventana.

* * *

—¡Siéntate! ¡Es una orden! —prorrumpió Malleson.

Eda lo hizo con un gesto de burla. Pero la verdad era que estaba aterrorizada. En los ojos de Malleson veía la muerte.

—Debiste tener en cuenta que ya hubo otra que intentó ponerme en ridículo. Y ya sabes cómo le fue...

—¡Porque lo sé no te atreverás conmigo! Si me pasa algo, llegará a manos del fiscal una declaración mía y de otros que tenían motivos para estar más enterados de lo ocurrido con tu esposa... ¡Tu típica doble jugada, Cal! Apareciste en público haciendo ostentación de que eras feliz con tu mujer, para luego entregarla con el niño a tus secuaces.

Malleson torció la boca para sonreír.

—¿Eso estuvo mal? La policía misma se encargó de que no entregara el dinero del rescate. La policía se hizo impopular... Luego pagué...

—¡Con el dinero de tu esposa! ¡Un cuarto de millón!

—Ella dispuso que fuera precisamente su dinero el que salvara a su hijo.

—¡Tú impusiste esa condición! ¡Era tu maniobra para apoderarte del dinero! Entonces te iban mal los negocios...

—En cierta ocasión ayudé a la familia de mi mujer. ¿Por qué no quisieron ayudarme a mí?

—¡Porque descubrieron que no eras más que un *gangster*! ¡Todo eso saldrá en la declaración, si a mí me ocurre algo...!

—Las acusaciones de una mujer despechada no tienen peso.

—¡Está Rich! ¡A Les le has dicho más de una vez que sospechas que sabe lo que ocurrió...!

—De un niño impresionable nadie hará caso. No hay pruebas, Eda... ¡Ninguna! Ni siquiera Rud y su amiga podrán decir nada. ¡Nada! Porque a estas horas... su coche debe estar ardiendo cerca de mi finca...

Se oyó un leve golpe en el suelo.

—Se equivoca, Malleson —dijo una voz divertida.

Malleson quedaba de espaldas a la ventana. Ni un estremecimiento. Los ojos de Eda brillaron intensamente, siguiendo la mano de Malleson.

Giró rápido. Pero antes disparó Rud.

En el momento en que se desplomaba, Eda prorrumpió en carcajadas.

—¡Y tú no creías en el «héroe del celuloide», pobre diablo...! ¡Cal, maldito! ¡Has vivido condenado con la duda de que Rich no sea tu hijo...! ¡Tu mujer supo vengarse...! ¡Metió la espina de la duda!

Esto lo gritaba Eda, ya herida de muerte. Malleson le había disparado desde el suelo. Iba a hacer un segundo disparo, pero Rud le obligó a soltar el arma, dándole un puntapié.

Eda no cesaba de hablar y de escupir, mientras se encogía. Malleson, de bruces, hacía esfuerzos por arrastrarse para recobrar el arma.

Rud fue al teléfono y marcó un número.

Momentos después aparecía el inspector Dowd, con varios agentes.

Eda todavía alentaba. Pudo decir dónde encontrarían las declaraciones de los que intervinieron en la muerte de la mujer de Malleson. Ninguno de los pistoleros vivía. Eda, después de sonsacarlos, dictó su desaparición.

De eso se encargó Leslie Eggers. Por entonces, Eda le hacía creer que estaba interesada por él.

—¿Ha habido algún incidente en la finca? —preguntó Rud, ya junto a Yakina.

—Toda la servidumbre está encerrada en habitaciones separadas. En el garaje encontramos a tres individuos que no supieron justificar su permanencia allí.

—¿Envió mi recado a Moy?

—Sí. Y está de acuerdo en colaborar... ¿Cómo se ha enterado usted de que esta noche había «orgía»?

—Moy fue despedida anoche porque se negó a tomar parte en la fiesta que se prepara esta noche para los magnates del hampa. Cuando esta tarde hice una escapada a la ciudad, me puse en

contacto con el amigo de Moy. Al entrar esta noche en el club, él estaba en la puerta y ha afirmado que habría «fiesta» encendiendo un cigarrillo cuando nosotros pasábamos junto a él.

—¿Y cómo demonios sabe ese hombre...?

—Es camarero. En el club tiene compañeros. Aquí está ya unos días esperando que le den un empleo, precisamente en el club de Moy...

* * *

Cuando oficialmente quedaba cerrado el club, se procedía a la «fiesta». El público era entonces muy reducido.

Aquella noche había cuatro cabecillas y sus guardaespaldas. Habían llegado a Boston ya anocheado. Con Leslie habían tenido una conferencia, mientras cenaban.

Leslie era el que debía atenderlos por orden de Malleson. Pero ninguna vez lo hizo más a gusto que aquella noche.

Estaba seguro de que todo el poder del «jefe» pasaría a sus manos. Sabía que aquella noche ocurrirían cosas en la finca y en el compartimiento de Eda. Y Leslie procuró en todo momento que lo vieran en distintos sitios, acompañado de los magnates del hampa.

Era su coartada.

Pero pasada la medianoche, cuando la «Fiesta» ya estaba en su punto más excitante, llamaron a la puerta trasera del club.

Se abrió una mirilla.

—Buenas noches, Herbert —saludó una voz de mujer.

—Hola, Moy.

—¿Ya ha empezado esto?

—¡Llegas tarde! ¡Te vas a llevar una bronca del patrón...!

Allí no podía oírse el estruendo que se producía en la sala. Risas de hombre, gritos de mujer, disparos, taponazos de botellas de champaña...

El portero abrió. Pero no pasó Moy, sino una hilera, de agentes. Los últimos en entrar fueron Moy y Yakina.

El portero estaba horrorizado.

—Nada te ocurrirá, Herbert —dijo Moy—. Límitate a permanecer quieto.

Ya los agentes, encabezados por el inspector y Rud, habían

emprendido una escalerilla de caracol.

Uno de los policías se quedó con el portero. Las dos mujeres echaron detrás de los agentes.

Entre los hombres había alguien más, aparte de Rud, que no era de la policía: el amigo de Moy, Hugh Schay,

—Que nos indique Moy las puertas que conviene vigilar —dijo Rud.

Moy se sometía a todo lo que Rud sugería. Gracias al conocimiento que ella tenía del club, pudieron distribuir las fuerzas con la mayor eficacia.

En la sala vieron sobre el entarimado que solía ocupar la orquesta a dos mujeres casi desnudas. Permanecían inmóviles.

Sobre sus cabezas sostenían una copa llena de champaña. Rud se inclinó sobre Moy.

—¿Qué hacen?

—Leslie desafía a los guardaespaldas de los cabecillas a ver quién tira las copas «limpiamente».

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

—¡Muchas! —y Moy se estremeció

Yakina estaba con ellos y no pudo reprimirse.

—¿Y por qué os prestáis a ese peligro?

Tardó unos momentos en contestar.

—Por miedo... por dinero... o por droga. Esas dos están esclavizadas por la heroína. Sobre la mesa en que está Leslie hay unos paquetes de heroína. ¡Fíjate como los miran ellas!

Era verdad. Las dos mujeres permanecían como hipnotizadas, mirando al centro de la mesa, donde había unos sobres.

Leslie ya había bebido mucho y no se dio cuenta que desde hacía unos minutos no entraba ningún camarero para atenderlos.

Individuos bien vestidos, pero de ademanes rudos, permanecían sentados, con un cigarro en la boca, teniendo al lado a alguna muchacha.

Reían a carcajadas. Leslie iba de una mesa a otra.

—¡Ahora va la competición! ¿Quién acepta el reto? ¡Apuesto diez mil contra cinco mil...!

Los cabecillas miraban a sus pistoleros, incitándoles a que tomaran parte.

Uno de ellos preguntó:

—¿Y si nos cargamos alguna?

Leslie rompió a reír.

—¡Ahí está mi ventaja, que yo no tengo miedo por lo que pueda ocurrir! El mar queda cerca... Quien rompa, que se encargue de barrer los vidrios.

Yakina apretaba los dientes.

—¡Es monstruoso!

Rud la tocó en un hombro, indicándole calma. La artista lo miró. La serenidad que advirtió en él la impacientó más.

Los pistoleros iban alineándose al lado de Leslie.

Rud miró al inspector Dowd.

—¡Ahora!

Por varias puertas entraron en la sala agentes con metralleta. Rud empujó a Yakina y a Moy para que se apartaran de la puerta y corrió hacia el entarimado.

Los guardaespaldas habían empezado a volverse, notando algo extraño.

Rud corría, siempre mirando a Leslie. Cuando este le vio, lanzó un grito de odio.

—¡Se terminó el mito de celuloide! —y levantó el arma.

Rud iba cara a él, disparando sin pausa. Las metralletas entraron en acción. Los pistoleros, sin saber adónde apuntar, se trababan.

Los cabecillas no solían llevar armas y permanecieron quietos, lo más agachados posible.

Las dos muchachas que tenían que servir de blanco habían retrocedido al fondo de la sala, como autómatas. Las otras mujeres permanecían tendidas, para librarse de las balas.

Enseguida se hizo el silencio. Leslie había quedado cara arriba, mirando en la dirección en que estaba Rud, como no explicándose que aquel hombre no hubiese resultado un mito.

—Nosotros nada tenemos que ver con esto —dijo Corwin, un magnate del hampa de Nueva York.

—Eso ya lo sabemos, Corwin —contestó el inspector Dowd—. ¡Y yo que hace años suspiraba por encontrar a alguno de ustedes cerca de esto!

Y levantó los sobres de heroína. Los cabecillas parecieron abrumados.

—Ahora hagan trabajar a sus abogados —siguió el inspector—. Tendrán que emplearse muy a fondo.

Esos abogados trabajaron duro, pero no pudieron evitar largas condenas para todos los encartados.

Una llamada de teléfono hecha por el jefe de la policía local hizo que enseguida aparecieran ante el club varios coches.

Las mujeres fueron llevadas a sus respectivos hoteles, bajo promesa de que al día siguiente se presentarían a declarar.

Rud dijo a Moy y a Schay:

—Vengan con nosotros... Todavía puede haber alguna fiera suelta.

Cuando llegaron a la finca les notificó la policía que en el camino habían encordado a varios pistoleros. Les echaron los faros de varios coches, todos al mismo tiempo. Los individuos, cegados, pusieron brazos en alto.

Confesaron que su misión era acribillar el coche en que iban Rud y Yakina.

En la casa encontraron al niño acostado. El ruido de coches le despertó.

—¿Has dormido? —preguntó, alegremente, Rud.

—¿Hace mucho que se fueron? —contestó el chiquillo.

Era la mejor prueba de que había dormido.

* * *

Por la mañana Yakina y Rud pasearon un rato por el jardín.

—¿Qué va a ser de ese niño? No he podido dormir pensando en su situación —dijo Yakina.

—Una hermana de su madre se encargará de él. Esa mujer no aparecía por aquí porque Malleson se lo tenía prohibido. Ella debía sospechar lo que ocurrió con la madre de Rich.

—¿Cómo pudieron soltarla en el jardín de Malleson, estando allí la policía?

—Pasó un coche a gran velocidad y la arrojaron, ya muerta. Esto lo detallaron mucho los periódicos. Es raro que no lo leyeras...

Yakina hizo un gesto de ironía.

—Eran mis principios en el cine. Vivía obsesionada.

—También eran los míos, recuerda... Y nunca he desatendido lo que sucedía a mi alrededor.

—¡Todos no tenemos tu capacidad! —replicó, irritada.

Al mediodía llegó la tía de Rich. El chiquillo no demostró extrañeza al verla allí. Se abrazó a ella y lloró en silencio.

Ninguna pregunta había hecho sobre su padre.

La servidumbre fue interrogada. Todos estaban complicados en las actividades de Malleson y pasaron a la cárcel.

—Sí, ese hombre ayudó a nuestro padre cuando nuestros negocios parecía que iban a llevarnos a la bancarrota —dijo la tía de Rich—. Más tarde, cuando ya mi hermana se había casado con «Den», supimos que el negocio estuvo al borde de la asfixia por las maniobras de «Den». Nos enteramos de algo más grave: que era un asesino...

—La jugada de Malleson fue hábil —comentó el inspector—. Su esposa se estaba convirtiendo en un testigo demasiado peligroso. Procuró su muerte, sacándole toda su fortuna, y se ganó la compasión del público, mientras caía sobre la policía una tempestad de censuras.

En esta conversación estaban presentes Rud, Yakina y Hasson.

—Bien, Rud —dijo el inspector, tendiéndole la mano—, no tengo inconveniente en reconocer que lo que a mí me ha costado tres años, sin lograr pruebas definitivas, usted lo ha conseguido en unas horas. Nos guste o no, usted es algo más que una leyenda de la televisión...

—Yo he jugado con ventaja —contestó Rud, sonriendo.

—¿Cuál?

—La consigna que la madre dio a Rich era callar, disimular y dejar que transcurrieran los años. Por salvar a su hijo escribió el papel que luego acompañó su cadáver, insistiendo en que el cuarto de millón que pedían por el rescate debía salir de su cuenta.

—Poto usted ha dicho que jugó con ventaja...

—Pero, ¿no comprende? El chiquillo calló incluso ante su tía. Cerrado a todos... Menos a esa leyenda que se le entraba por los ojos las noches que en la televisión había un programa del «astuto detective»...

Rud rompió a reír. Era uno de sus golpes de modestia que siempre desarmaba a los que se sentían hostiles.

El inspector terminó riendo también.

—No podrá odiarle, por mucho que se empeñe —comentó el escritor.

Y dándole con el codo al federal, indicó a Yakina. Era la única que no sonreía. Ella se dio cuenta y declaró:

—¡Sí! ¡Es muy encantador!

Y salió del despacho, dando un portazo.

EPÍLOGO

EN el aeropuerto debían separarse. Moy y Schay tenían que marchar a una ciudad del Sur, donde la muchacha pasaría una temporada de descanso, hasta encontrarse en condiciones de actuar. Hugh Schay iba con un buen empleo, proporcionado por Rud.

—Y habrá contratos —prometió Yakina, en el momento de besar a Moy. Le pareció que la cantante se empequeñecía, y agregó —: Creo que te tengo envidia. Llevas un hombre que quizá brille menos, pero que promete una vida sosegada. ¡Mientras que yo...!

Se quedó mirando a Rud, quien en ese momento estrechaba la mano de Schay, riendo.

Terminadas las despedidas, Yakina, Rud y Hasson se dirigieron al aparato que tenía que llevarles a Los Ángeles.

—Durante el viaje te explicaré el nuevo guion. ¡Estoy muy animado! —dijo el escritor Hasson—. He de reconocer que el guion me lo has dado hecho. Me he dado cuenta de que los telefilms contienen muchas cosas «inverosímiles» que luego supera la realidad...

Ya en vuelo, Hasson empezó a detallar las escenas. Pero Rud se dio cuenta de que Yakina permanecía seria, mirando por la ventanilla.

Cambió de asiento, colocándose al lado de la artista.

—¿Qué piensas?

—Estoy buscando un lío en que yo sea el eje —contestó Yakina, con tonillo de burla y de irritación—. ¡Y como no te arriesgues por mí...!

No pudo seguir, Rud, agachándose y obligándola a que hiciera lo mismo para que el respaldo los ocultaran a los que iban sentados detrás, la besó fuertemente en la boca.

—Yo también he pensado en ese «lío», querida. Y tan pronto lleguemos a Los Ángeles...

—¿Qué? —preguntó ella, queriendo mantener el gesto divertido, pero, en realidad, emocionada.

—¡El «lío» más grande! ¡Para toda la vida... casados, pero de verdad!

Quedaron mirándose. Yakina no podía dudar de la sinceridad de Rud. Lo veía entregado a ella, tal como Yakina se sentía frente a él.

—Sí, querido: de verdad... para toda la vida.

Las bocas volvieron a buscarse.

El escritor Hasson, mientras miraba los apuntes que tenía en unas cuartillas, pensó en lo que se proyectó una vez: que Rud y Yakina trabajaran en un mismo guion.

—Se me ha ocurrido que si trabajarais juntos...

Hasson se había vuelto, para mirarlos. Los encontró abrazados.

—¡Hasta el final me habéis dado hecho! ¡Vaya guion cómodo...!

FIN

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grande...
e intensidad
distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





ALTA INFIDELIDAD

por
CLIFF BRADLEY

El coche se movió sin que los hombres armados con metralletas —habían aparecido otros dos— osaran abrir fuego. Naturalmente, sabían que estaba blindado y también que algo había fallado últimamente...

—Ahora ordena por el transmisor que te abran la puerta.

—No hay tal cosa... —gruñó el chófer.

—A su derecha lo tienes. Hazlo o yo comienzo a disparar. Estaréis muertos antes de que vuestros compinches lleguen al coche.

—Hazlo —le dijo la muchacha con violencia—. Él no podrá escapar, de cualquier modo.

ALTA INFIDELIDAD

por CLIFF BRADLEY

*La pena por traición solo podía tener un
nombre... ¡Muerte!*

*Encárguela en su quiosco o librería
antes de que se agote*

ALTA INFIDELIDAD

Constituirá un nuevo éxito de esta Colección



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772